



Análisis coyuntural sobre la situación del país

Tomás R. Campos

RESUMEN

La situación salvadoreña es tan compleja que amerita un artículo de la extensión del presente, en el que, como en todo análisis de coyuntura, se toman en cuenta las distintas fuerzas y variables que intervienen en un proceso explosivo. Las causas estructurales siempre están en el trasfondo de la problemática y de su análisis, pero no son el objeto del presente estudio.

Primero se aborda la coyuntura militar, con una evaluación de los resultados y dificultades para ambos contendientes. La coyuntura internacional, segundo tema del análisis, se desdobra en la postura adoptada por los Estados Unidos (guerra y elecciones), y la de otros países que abogan por la negociación. El tercer aspecto es el de la coyuntura social interna, con un análisis de las distintas fuerzas sociales y de la repercusión que el proceso tiene en ellas y en la estructura económica y política; ésta es la parte más extensa y completa del artículo, y presta una gran ayuda a la comprensión del proceso en su conjunto. En la coyuntura política, que es el siguiente tema, el foco de atención lo representan, primero, las próximas elecciones, lo que da pie a un análisis de las mismas y de los diferentes partidos políticos que están dispuestos a participar, y luego la alternativa de negociación propuesta por el movimiento insurgente. Se concluye con unas páginas "a modo de conclusión", en las que se recogen los elementos más sobresalientes que han ido apareciendo en el análisis coyuntural.

El Salvador va a entrar en una nueva fase de acciones importantes y de decisiones significativas. Ya está en marcha un proceso electoral para una Asamblea Constituyente, mientras la salida por el camino de la negociación cobra nuevos rumbos. Las acciones militares por su parte cobran nueva definición, mientras el dolor y cansancio del pueblo junto

con la destrucción del país y la debacle económica exigen cada vez con mayor premura una salida que dé paso a una solución del conflicto. 1980 fue el año en que se multiplicó la represión, se inutilizó la salida revolucionaria política y se preparó el FMLN para desatar la guerra; 1981 ha sido el año en que ha continuado la represión y en el que se ha podido comprobar lo que la guerra

puede dar de sí; 1982 puede ser el año en que se prepare y aun inicie la salida definitiva hacia una solución firme de los gravísimos problemas salvadoreños, que llevará años poder resolverlos.

En esta coyuntura tan grave es menester alcanzar la mayor claridad posible, el máximo de objetividad para encontrar los datos principales y para leerlos adecuadamente. Es menester saber exactamente dónde estamos y con qué contamos para poder emprender el camino adecuado. Ya han pasado dos largos años de experimentación y ya contamos con suficientes datos para hacer un examen retrospectivo desde el que valorar lo que significa nuestro presente. Antes que proponer futuros de solución es indispensable apreciar con todo realismo y objetividad lo que es nuestro presente, lo que es la totalidad de la realidad salvadoreña, tal como se presenta en la coyuntura actual. Ayudar en ese cometido impostergable, es el propósito de este trabajo. Los datos son de sobra conocidos, pero es conveniente ordenarlos y ponderarlos para determinar lo más exactamente posible cuál es su significado posible en sí mismos y en el conjunto.

No conviene olvidar que la coyuntura actual no es sino el reflejo actualizado de lo que son los problemas estructurales salvadoreños. Sería, por tanto, un gravísimo error pensar que lo que viene sucediendo en El Salvador se deba primaria o exclusivamente a factores coyunturales. Hoy apenas hay quien no vea que los estallidos de Nicaragua, Guatemala y El Salvador son resultado en lo fundamental de gravísimos problemas estructurales de subdesarrollo, desigualdad y dominación, que vienen agravándose año con año y que han llegado a alcanzar tal intensidad, que ya no han podido disimularse y manejarse por más tiempo dando paso a una respuesta revolucionaria endógena de una enorme fuerza, que se ha visto favorecida y alentada por apoyos externos y dificultada, a su vez, por fuertes intervenciones extrañas. Pero siendo evidente el carácter estructural de nuestros problemas, no es nuestro propósito resaltarlos sino, más bien, teniéndolos en cuenta como fondo de la situación, atender a los elementos principales operativos del conflicto actual, que son los que se enfrentan directa e inmediatamente con la situación y que pueden propiciar una salida satisfactoria.

Dividiremos el trabajo en cuatro análisis: el militar, el internacional, el social y el político.

1. Análisis de la coyuntura militar.

Desde enero de 1981, cuando se inicia propiamente la guerra, llamada ofensiva general por el FMLN, lo militar cobra carácter de factor, no sólo necesario, sino principal y determinante en el conflicto salvadoreño. Esto siempre había sido así en la mente de las distintas organizaciones político-militares: sólo el pueblo en armas podría traer el triunfo revolucionario. Unos lo veían a través de la guerra popular prolongada, otros por vías más insurreccionales, otros por fuertes y concentradas acciones militares, pero el denominador común era la necesidad de las armas y de la lucha armada para acceder al poder, cuyo apoyo principal eran también las armas. Durante todo 1980 se prepararon para esto, pero sólo a comienzos de 1981 se encontraron en disposición de emprender la guerra propiamente tal.

Ha transcurrido un año de la nueva etapa militar. Aquí no podemos contar todo lo ocurrido durante 1981; lo que nos importa es ver en qué situación está ahora el problema militar.

Se ha dado en decir que la situación militar actual es la de empate, impasse o estancamiento. Esto significa, por lo menos, dos cosas: una, que el conjunto de acciones muy vigorosas, sobre todo por parte de la Fuerza Armada, no ha logrado derrotar a ninguna de las dos partes y ni siquiera ha logrado debilitar notoriamente a ninguna de ellas; más bien podría decirse que ambas partes están más fuertes y preparadas que al comienzo de las hostilidades; otra, que, si no se da un aumento y perfeccionamiento cualitativamente notorio en uno de los bandos, no será posible a corto ni a mediano plazo un triunfo militar y ni siquiera un desbalanceamiento del equilibrio militar.

El hecho de la impotencia de triunfo militar por parte de la Fuerza Armada, además de que lo demuestran los fracasos relativos de las numerosas ofensivas militares llevadas a cabo durante todo el año, se deduce de las declaraciones oficiales tanto del Embajador norteamericano Hinton y del Secretario de Estado Haig como de mandos militares estadounidenses y de periodistas especializados y buenos conocedores de la guerra salvadoreña. Estados Unidos reconoce de palabra y de hecho que no ha bastado con la relativamente muy grande ayuda prestada en recursos y asesores al ejército salvadoreño para debili-

tar a los ejércitos revolucionarios; más aún que, si no se aumenta agresivamente esa ayuda, la guerra no podría terminar en un triunfo. Se ven fuertes para no ser derrotados por la guerrilla y para no ser ni siquiera seriamente hostigados en las ciudades, pero no se ven fuertes para vencer ni siquiera para contener con seguridad las acciones guerrilleras. Hay quien dice que en estas condiciones una guerra que no se va ganando, es que se está perdiendo. Pero este principio no parece ser de aplicación inmediata a la situación de El Salvador, primero, porque no sería aplicable más que a mediano plazo y es muy probable que en El Salvador no contemos ya con medianos plazos en lo militar y, segundo, porque ya Estados Unidos está tomando medidas —entre otras la preparación rápida de más de mil quinientos soldados y oficiales en territorio norteamericano— para empezar a ganar la guerra. No hay que olvidar en este punto las serias amenazas a Nicaragua y a Cuba como freno de toda posible ayuda logística y la limpieza progresiva de toda la retaguardia de la guerrilla salvadoreña en la frontera de Honduras. Las alrededor de 1,500 bajas entre soldados y oficiales, de las cuales unas 500 son muertes, según distintas declaraciones de fuentes gubernamentales o norteamericanas, muestran la gravedad e importancia de los combates militares, pero no suponen grave quebranto irreparable a corto o mediano plazo. Por otro lado, el reconocimiento de que se requiera una proporción de 10 a 1 para superar a la guerrilla, cuando la proporción actual es de 5 a 1, hace improbable que se vislumbre un triunfo militar en el mejor de los casos para la Fuerza Armada, antes de 3 ó 4 años, que parece ser el término apuntado por el Embajador Hinton. Pero, ¿quién puede prever lo que puede pasar en tres o cuatro años, qué nuevos factores pudieran cambiar de nuevo la correlación de fuerzas?

El alto mando salvadoreño no reconoce esta situación de empate o de estancamiento. El General García rectificó las declaraciones de Haig en este sentido. Su argumento es que mantienen la iniciativa militar y que han estado en permanentes ofensivas, las que les han permitido entrar a fondo en territorios controlados por la guerrilla, aunque luego se hayan retirado de ellos por razones tácticas. Sin embargo, tampoco el alto mando ve la posibilidad de un triunfo rápido y total y las afirmaciones que ha hecho en este sentido han quedado desmentidas por la realidad de los hechos.

El FMLN no reconoce la teoría del empate. Acepta que no ha logrado todavía el triunfo militar decisivo, que algunos soñaron podría haberse dado a lo largo de 1981; acepta también que ese triunfo militar decisivo no se vislumbra a corto plazo. Pero mantiene que su fortalecimiento es relativamente más rápido que el de sus contrarios. Fundamenta esa afirmación en los siguientes hechos: 1) se ha resistido sin demasiado agobio a las frecuentes y poderosas ofensivas de sus adversarios, que en las principales han contado con cerca de tres mil hombres y toda suerte de apoyo artillero y de aviación; 2) se le han causado fuertes bajas a la tropa enemiga con bastantes menos bajas por su parte; 3) se ha mejorado notablemente en preparación militar y se ha logrado mantener un flujo satisfactorio o, al menos, suficiente de armas y avituallamiento; 4) se le han propinado golpes serios al adversario como en el caso de Perquín y, en grado menor pero multiplicado, en acciones de emboscada y hostigamiento; 5) se ha logrado el reconocimiento internacional tácito de que el FMLN constituye una verdadera fuerza militar, que no va a poder ser derrotada a corto plazo y sin grandes costos regionales; 6) el furor de las amenazas de Haig contra Cuba y Nicaragua, muestra indirectamente cuánto respeto tienen al poderio militar de la guerrilla salvadoreña, a la que se supone extraordinariamente equipada por vía de Nicaragua y Cuba; 7) la moral del ejército revolucionario está cada día más alta, mientras se percibe que la moral de sus adversarios va en baja. Desde este punto de vista, la continuación de la guerra es no sólo posible sino que seguiría siendo favorable para ellos, al menos en el corto plazo; el propio alto mando salvadoreño así como fuentes norteamericanas aventuran la hipótesis de que podría venir pronto una nueva fase de la ofensiva militar guerrillera.

Pero falta otro dato importante para hacerse un juicio objetivo de la coyuntura militar: es la firme decisión de Estados Unidos a no permitir el triunfo militar del FMLN. El Canciller D'Escoto manifestó con ocasión de la Asamblea General de la OEA en Santa Lucía, lo que le comunicó el Secretario Adjunto del Departamento de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Enders, con ocasión de su visita a Managua en la primera quincena de agosto de este año. En esa ocasión Enders le dijo solemnemente que Estados Unidos no permitiría de ningún modo un triunfo militar del FMLN, que tenía la decidida voluntad poli-

El Alto Mando salvadoreño no reconoce esta situación de empate o de estancamiento. El General García rectificó las declaraciones de Haig en este sentido. Su argumento es que mantienen la iniciativa militar y que han estado en permanente ofensivas, las que les han permitido entrar a fondo en territorios controlados por la guerrilla, aunque luego se hayan retirado de ellos por razones tácticas.

tica y los medios necesarios para impedirlo y que no habría presión alguna ni al interior ni al exterior de Estados Unidos capaz de estorbar sus acciones para hacerlo. Las sucesivas declaraciones de Haig han comprobado que ésta es la política de la administración Reagan y que no importan cuáles sean los riesgos y costos para impedir lo que considerarían un fracaso político de primer orden y un peligro real muy grave para la seguridad de toda el área del Caribe y para los propios Estados Unidos. Sobre este punto cabe hacerse pocas ilusiones, máxime tras los recientes acontecimientos de Polonia. Un triunfo militar del FMLN, si fuera posible, acarrearía la intervención directa de USA y de sus aliados, sin importarles la regionalización del conflicto, pues la presencia conjunta de revoluciones triunfantes y aseguradas en el área como las de Nicaragua y El Salvador ya contendría virtualmente la regionalización potencial del conflicto, que habría que atajar, antes de que se diera en condiciones adversas.

Este breve análisis, que podría ser respaldado por múltiples hechos probatorios, nos permite acercarnos a la caracterización de la coyuntura militar, que podríamos sintetizar en estos rasgos fundamentales: a) no se ve que la solución del conflicto salvadoreño pueda venir a corto plazo —al menos, en el término de un año— por la vía del triunfo militar de ninguna de las dos partes; b) la prolongación y el endurecimiento del conflicto militar traerá enormes costos al país en la línea de la represión que podría suponer otras diez mil víctimas más a lo largo de 1982, en la línea de la destrucción de recursos económicos por medio del sabotaje y de la intranquilidad e inseguridad social, en la línea de la desmoralización creciente del conjunto de la población, cada

vez más polarizada y cada vez más deshumanizada; c) un hipotético triunfo militar a mediano plazo por una de las dos partes —no antes de dos o tres años—, si es por parte de la Fuerza Armada supondría unos costos insanables e irrecurables y si es por parte del FMLN supondría la segura intervención norteamericana, que haría imposible la estabilización de ese triunfo; d) la potencia militar de ambas partes es actualmente y a corto plazo grande y es percibida como tal, de modo que no puede apreciarse temor de ser derrotado, antes al contrario se cuenta con ese poder militar para sustentar la esperanza de que los acontecimientos en su conjunto discurran a favor propio; e) no puede esperarse a corto plazo que ninguna de las dos fuerzas militares deje de constituirse en el factor principal de poder tanto en la coalición FDR-FMLN como en la coalición PDC-FFAA. Todo ello nos lleva a concluir que el factor militar del conflicto, siendo como es básico y determinante, de manera que si faltara o flaqueara en uno de los dos lados, inmediatamente se derrumbaría el poder desmilitarizado no es definitorio ni siquiera decisivo, aunque, según como discurran las acciones militares, puede forzar un tipo de solución u otro. El poder militar necesita otro factor político para constituirse en principio de solución, al menos a corto y aun a mediano plazo.

Hay quien piensa, sin embargo, que a corto plazo mejorará la situación militar del FMLN en relación con su oponente. Así se desprende de algunos cálculos de efectivos (cfr. *Proceso*, “¿Empate militar?”, n. 46, pp. 16-19) y de algunos análisis globales, como el del experto Robert S. Leiken (cfr. “Alternativas para El Salvador” (II) en *Proceso*, n. 42, pp. 7-9). Aunque las acciones de Perquín no tuvieron continuidad, parecería

que ha terminado por el momento la iniciativa ofensiva de la Fuerza Armada con su último recorrido por Chalatenango, Cabañas y Morazán y que podría venir una nueva fase en la que la iniciativa fuera recuperada por el FMLN. La novedad podría consistir en que por primera vez actuara todo el FMLN coordinado, lo cual, según los observadores, no ha ocurrido todavía en ninguna ocasión, al menos de forma total en cuanto a coordinación y en forma amplia en cuanto a efectivos. Pero por varias razones no es de esperar que esta ofensiva o serie de ofensivas pudiera desnivelar el actual equilibrio dinámico de fuerzas aunque tal vez pudiera inclinar la balanza a la búsqueda de una salida política seria. Esto está por ver tanto en el hecho mismo de la ofensiva como en los resultados de la misma.

Pero si las perspectivas actuales y las de a corto plazo pudieran dar alguna ventaja no decisiva al FMLN, no puede decirse lo mismo a mediano plazo, esto es, a dos o tres años vista. Las posibilidades de resistencia, de mantenimiento de las actuales posiciones militares y políticas, de recuperación de bajas y pérdidas, de avituallamiento logístico y de crecimiento cualitativo del poder militar... sería mayor en la Fuerza Armada que en el FMLN, en el supuesto de que Estados Unidos siguiera decidido a lograr un triunfo militar, no importándole costos para ello. No hay signos-manifiestos de desmoralización en la Fuerza Armada que permitieran sospechar la imposibilidad de cubrir el tiempo que Estados Unidos necesita para aislar a la guerrilla y para dificultar aún más su avituallamiento y, a su vez, para entrenar más soldados y oficiales en orden a utilizar nuevo armamento y para preparar y justificar acciones conjuntas por lo menos con los ejércitos de Honduras y Guatemala. Y aunque tampoco hay signos peligrosos de que la población organizada que es la montaña de la guerrilla, según la expresión de Marcial, haya empezado a desmoralizarse, no es improbable que el cansancio de guerra y la permanente sangría causada por la represión mucho más entre los simpatizantes y colaboradores que entre los guerrilleros mismos, empiece a causar efectos negativos a mediano plazo, donde los muertos por represión podrían subir de treinta a cincuenta mil. Pero, aun en este caso, la victoria militar se habría alejado de las manos de la guerrilla, aunque seguirían con suficiente fuerza para seguir haciendo inviable la vida social y económica del país, para desestabilizar cualquier salida y aun para emprender nuevas formas de lucha dentro de una estrategia de guerra popular

prolongada. No hay duda de que le es más fácil a la larga a Estados Unidos reabastecer a sus protegidos que a los aliados de la guerrilla hacerlo con los suyos. Y las ventajas que lo moral y lo ideal dan no son tan indefinidamente altas como para superar las condiciones materiales, siempre que sean acompañadas con un mínimo de moral de lucha, cosa que sigue siendo presumible en la Fuerza Armada, si la coyuntura no cambia dramáticamente.

¿Sacará el FMLN un provecho notorio de su actual situación militar de suerte que no dé lugar a prolongar la guerra por más de dos años? ¿Logrará el cansancio nacional, el desgaste de la Fuerza Armada, la presión internacional, la condescendencia de Estados Unidos, las divisiones entre la derecha salvadoreña... conseguir que no se prolongue la guerra más allá del término de un año? ¿Sucederá algo dentro de la oficialidad y/o de los jefes de la Fuerza Armada que les lleve a buscar salida racional a una guerra sin futuro y, sobre todo, a una situación nacional que la guerra no hace sino agravar hasta extremos tal vez irrecuperables, si no termina a tiempo?

Lo que parece estar claro en la actual coyuntura es que no hay salida razonable por el solo camino de las armas, que la guerra antes va a destruir a la nación entera que a una de las partes en litigio. Y, sin embargo, la guerra continuará mientras no se encuentre otro principio de solución. Así lo acaba de declarar el FMLN en una reciente manifestación oficial firmada por los cinco comandantes del FMLN: "que mientras exista la dictadura..., mientras se siga imponiendo el terror y el genocidio mantendremos firme nuestra decisión de combatir con las armas en la mano, antes, durante y después de las elecciones, hasta conquistar la paz y establecer la democracia", aunque reiteran asimismo "nuestra disposición a encontrar una solución política, que posibilite la superación del conflicto armado, a través de una negociación para alcanzar una paz justa". Así también lo declara la Fuerza Armada de El Salvador así como la administración Reagan; ambos siguen apostando por el aplastamiento militar de la guerrilla o, al menos, por su ahogamiento, como condición ineludible para pacificar el país, ya que la entrega de armas y la rendición son propuestas realmente sin sentido. En éstos se ve más clara y decididamente el plan y el proyecto de seguir la guerra hasta donde sea, pues no ofrecen alternativa real, mientras que en aquéllos se ve que la guerra es sólo un motivo para obligar a la negociación.

¿Supone esta postura del FMLN debilidad militar al menos a la larga, supone el querer ganar en la mesa de negociación lo que no han podido ganar en el campo de batalla, como lo afirman sus oponentes? ¿Supone un momento coyuntural de debilidad en el que necesitarían rearmarse, como asimismo lo afirman sus oponentes? No parece ser ni lo uno ni lo otro. Parece ser sí que el FMLN en su conjunto está convencido de que no hay posibilidad de triunfo militar pronto por ninguno de los dos bandos, que la prolongación de la guerra sólo traerá mayores males a El Salvador, que no es posible la implantación inmediata de un régimen estrictamente revolucionario y que hay peligro serio de una intervención norteamericana, que traería inmensos daños a la región entera de Centroamérica y del Caribe. Parece asimismo que confía en sus fuerzas militares para respaldar una negociación satisfactoria, que sirva de salida, aunque no de solución plena, al actual conflicto armado y al desangramiento presente del país. La prueba está en que el FMLN seguirá potenciándose militarmente y en que seguirá propiciando acciones de guerra, que tal vez sobrepasen el nivel de la emboscada y del sabotaje para entrar en una nueva fase ofensiva, cualquiera sea la índole de la misma.

Por ambos lados, por tanto, hay que contar en un futuro inmediato no sólo con la continuación de la guerra sino probablemente con su recrudecimiento. Esto significará no sólo una mayor violencia y continuidad en los enfrentamientos, en las acciones estricta y directamente bélicas, sino probablemente también una continuación o aumento en la represión por un lado y en el sabotaje por otro. Desde esta perspectiva puede decirse que la situación empeorará, antes, en y después de las elecciones, si es que no se inicia alguna forma de diálogo, que permita avizorar alguna forma de solución política negociada. Dicho de otra forma, la guerra se endurecerá, si no hay indicios de negociación y el endurecimiento de la guerra no parece que llevará a corto plazo hacia ningún tipo de solución, a no ser de nuevo alguna forma de arreglo. De lo contrario el fantasma de la guerra seguirá haciendo presente su reino de destrucción y de muerte durante todo el año 1982 y aun en los años sucesivos, porque la mecha de la guerra está todavía muy lejos de consumirse en uno y otro bando. Hay guerra para rato, para mucho rato, si se fia la solución al triunfo militar. Los que se fiaron completamente de la solución militar como respuesta a los

problemas reales de El Salvador, hoy deben reconocer que se equivocaron: la solución puramente militar no traerá la revolución en El Salvador y tampoco traerá la pacificación de El Salvador, mucho menos la solución justa de sus problemas. Una cosa es que las armas hayan resultado necesarias, otra cosa muy distinta es que hayan sido suficientes. Hoy lo reconocen verbalmente ambas partes, pero ambas siguen con el mismo presupuesto: sólo el que tiene las armas, tiene el poder en países como El Salvador. Los que hoy tienen el poder no quieren abandonar las armas y tampoco lo quieren quienes buscan el poder.

Empieza, no obstante, a vislumbrarse un ofrecimiento de tregua por parte del FMLN, si es que se aceptan las negociaciones y si es que las negociaciones alcanzan algunos resultados sólidos. Esto supone ya un gran avance, pues si la guerra se prolonga, fuera quien fuese su último vencedor, el país entero habría perdido la guerra.

2. Análisis de la coyuntura internacional.

No pretendemos aquí esbozar el conjunto de la coyuntura internacional sino tan sólo la de aquellos factores que más influjo tienen sobre el conflicto salvadoreño. Es cierto que la situación de El Salvador pende en gran medida de lo que ocurre en el mundo entero, sobre todo de lo que ocurre en la línea de la confrontación Este-Oeste; en efecto, Estados Unidos ha situado el problema de El Salvador junto con el de toda Centroamérica y el Caribe en el contexto de esa confrontación. Ello hace que sucesos como los de Polonia puedan tener efectos muy directos sobre lo que Estados Unidos vaya a hacer o vaya a impedir en nuestra área. Pero hecha esta observación fundamental y tenida en cuenta muy seriamente, vamos a ceñirnos a algunos factores más inmediatos, que pueden dividirse en tres grandes grupos: la posición de Estados Unidos con su cortejo de países satélites, la posición de otras fuerzas internacionales, que no siguen los dictados norteamericanos, y la situación del área centroamericana.

2.1. La posición de Estados Unidos ante el conflicto salvadoreño.

Estados Unidos es seguramente el factor más importante a corto plazo en el conflicto salvadoreño. Si Estados Unidos dejara de apoyar los planes de la Junta y a la Junta misma, no tardaría mucho en desmoronarse la actual estruc-

tura de poder en El Salvador; si Estados Unidos prestara su ayuda al FMLN-FDR o, simplemente, permitiera, que otras fuerzas ayudaran a la oposición salvadoreña, ésta se impondría con relativa facilidad. Si Estados Unidos quiere elecciones para El Salvador, en El Salvador se tendrán elecciones, y si quisiera negociaciones, se tendrán negociaciones. Y si no quiere ni elecciones ni negociaciones, no habrá elecciones ni negociaciones. Esto es así y seguirá siendo así por bastante tiempo, a no ser que cambien las circunstancias y la estructura del poder salvadoreño. Por eso es indispensable estar muy claros sobre lo que es la posición de Estados Unidos en este momento respecto de El Salvador.

Al hablar de Estados Unidos hay que distinguir cuidadosamente lo que es la administración Reagan, esto es, el Ejecutivo, de lo que son otras instancias del poder como el Congreso y, desde luego, de lo que son otras instancias sociales. Pero lo decisivo es la administración Reagan, y ésta manifiesta claramente cuál es su alternativa primera para resolver el conflicto salvadoreño.

Esta alternativa consiste fundamentalmente en impedir que se dé en El Salvador algo que pudiera significar una mejora sustancial de la posición soviética en el área. Otro régimen como el de Nicaragua les horrorizaría y, en general, les horrorizaría cualquier régimen que pudiera aparecer como pro-cubano y/o anticapitalista. Según la administración Reagan éste sería el caso de un gobierno FDR-FMLN, que por tanto le resulta absolutamente inaceptable, máxime si este gobierno tomara el poder tras un triunfo militar. De aquí la primera consecuencia, ya apuntada en el apartado anterior, Estados Unidos no va a permitir un triunfo militar del FMLN. Más aún, va a intentar por todos los medios, dentro de ciertos límites, aplastar militarmente al FMLN o debili-

tarlo de tal forma, que ya no pueda tomarse el poder. Toda la política norteamericana va dirigida a esto y la propuesta de elecciones no es sino una cobertura política que le permite propiciar una guerra de desgaste primero y de aplastamiento después. Si las elecciones tienen éxito, ya sea en 1982 ya sea en 1983, los "triunfadores" de las mismas podrían pedir legalmente la ayuda militar total de Estados Unidos y/o del TIAR para acabar contra quienes no aceptan la voluntad popular expresada en unas elecciones "libres". A la par de un decidido apoyo militar, Estados Unidos sostendrá la economía salvadoreña y aun impulsará aquellas medidas que le parezcan necesarias para quitar apoyo popular al FMLN, lo cual puede ir desde la represión masiva hasta medidas reformistas. Lo que ha venido haciendo hasta ahora, sobre todo desde la instalación en la Casa Blanca del Presidente Reagan, lo seguirá haciendo en los próximos meses y aun lo seguirá incrementando. La aprobación del proyecto que llevará en el próximo enero a 1,500 soldados y oficiales a Estados Unidos para cursos extensivos de formación militar contrainsurgente, no deja duda alguna en este punto.

Las elecciones representan así un elemento de segunda importancia en la solución norteamericana. De ahí que no les haya importado mucho la serie de divisiones que su anuncio y puesta en marcha ha originado ya entre los distintos grupos de derecha. Parecería que de momento Estados Unidos está contento con la fachada del PDC y que cuenta con su triunfo en las urnas; pero no tendría dificultades en seguir el mismo juego con otro partido o coalición de partidos, que se fueran a someter a las directrices generales de su política: victoria militar a mediano plazo, reformas económicas para contentar al pueblo, cierta mejora paulatina en el respeto a los derechos hu-

Estados Unidos es seguramente el factor más importante a corto plazo en el conflicto salvadoreño. Si Estados Unidos dejara de apoyar los planes de la Junta y a la Junta misma, no tardaría mucho en desmoronarse la actual estructura de poder en El Salvador.

manos, tolerancia con los políticos de oposición moderada... Desarrollo económico y contención militar serían los pilares fundamentales de la nueva política, sobre todo después del aplastamiento del FMLN, propósito fundamental.

Esta primera alternativa, que es la claramente preferida por Estados Unidos actualmente, podría verse en dificultades y variar un tanto, si se diesen dos series de factores: la primera, que una prolongación y endurecimiento de la guerra pusiera en grave peligro la estabilidad de El Salvador y/o supusiera una amenaza grave de regionalización del conflicto y, la segunda, que en el propio interior de Estados Unidos se diese una fuerte resistencia a la política Reagan en El Salvador junto con una fuerte presión internacional, que abogase por una solución pronta y política al conflicto salvadoreño. Sólo en este caso, que puede llegar por diversas combinaciones de los elementos que acabamos de enunciar, estaría dispuesto Estados Unidos a entrar en negociaciones, si éstas se presentan de un modo que sea aceptable para el "honor" y la "seguridad" de Estados Unidos, tal como son entendidas por la administración Reagan.

Tendríamos entonces que en caso de fracaso de la primera alternativa, la administración Reagan podría entrar en la segunda alternativa: la de las negociaciones. No es probable que la intente preferencialmente antes de las elecciones, aunque no descarte hacer preparativos para las mismas. En este sentido no es de menospreciar el valor de señal que puede significar tanto para la actual Junta, los militares, los empresarios y los partidos, como para el FMLN-FDR y la opinión norteamericana e internacional, la recepción en el Departamento de Estado de una delegación del FDR-FMLN a un nivel aceptable y con claras muestras de publicidad, tenida en el mes de diciembre. Que se haya hecho para contentamiento del Congreso y de la opinión pública norteamericana o que se haya hecho para poner sobreaviso a los partidos derechistas reacios a ir a elecciones, no quita para ver en ese hecho la ruptura pública de una sistemática política de ningún diálogo con el FDR-FMLN y la iniciación de un precedente, que fácilmente pudiera ir a más, en caso de que la primera alternativa fallara o de que la alternativa de elecciones se presentara de tal forma que ofreciera serias y seguras ventajas para una salida estable del conflicto salvadoreño.

Pero todavía lo que predomina es la primera alternativa. El esfuerzo de última hora, patrocinado e impulsado por Estados Unidos en la

OEA, para que prosperase un apoyo latinoamericano a la alternativa electoral, muestra hasta qué punto eso es así. Muestra también qué países latinoamericanos respaldan la política norteamericana en el caso de El Salvador; puede decirse que la mayoría de ellos, aunque en diverso grado y en distinta forma. Sin embargo, no parece probable que Estados Unidos encontrara el mismo respaldo a la hora de proponer una intervención militar directa. Más bien parecería que muchos de los más importantes países latinoamericanos ofrecieron a Estados Unidos el respaldo a las elecciones en contrapartida por la retirada de la intervención militar en el caso de Nicaragua y, más en general, en el caso de las áreas centroamericana y caribeña.

Ahora bien, dentro de Estados Unidos hay una fuerte y creciente oposición a lo que hemos llamado primera alternativa norteamericana: la del aplastamiento militar del adversario. Cada vez cobra mayor fuerza la idea del arreglo político, que estrecha los límites de la solución militar y que se inclina más a una forma de diálogo, aunque sin excluir la posibilidad y aun la necesidad de unas elecciones distintas de las actualmente programadas. Esta oposición y resistencia se percibe, por ejemplo, en sectores de Iglesia cuya fuerza social y peso político es innegable. Tanto la Conferencia Episcopal de Estados Unidos (católica) como el Consejo Nacional de Iglesias han presentado pública y oficialmente su posición, consistente en pedir el cese de la ayuda militar y con mucha mayor razón el de la intervención militar directa así como el favorecimiento del camino del diálogo y de la negociación.

Este ambiente cada vez más generalizado ha llegado hasta el Congreso. A pesar de la resistencia de la administración Reagan, que envió al propio Enders para impedirlo, el Congreso puso claras y terminantes condiciones a la administración Reagan, para que ésta pudiese seguir enviando ayuda al gobierno de El Salvador. La última de esas condiciones habla de elecciones libres en un tiempo cercano, pero para que éstas tengan sentido exige que el gobierno de El Salvador haya demostrado "buena voluntad en los esfuerzos que ha llevado a cabo para dialogar con las más grandes facciones políticas en El Salvador, que han expresado su voluntad para encontrar e impulsar una solución política equitativa del conflicto". Parecería claro que el FMLN-FDR es una de esas grandes facciones políticas y parecería asimismo que el FMLN-FDR está mostrando en la actualidad una decidida volun-

tad de encontrar e impulsar una solución política equitativa del conflicto. Desde esta perspectiva no es exagerado decir que en Estados Unidos se está abriendo cada vez más una segunda alternativa, que llevara a un cese de la guerra y de la solución estrictamente militar y diera paso a unas negociaciones. Podría decirse que esta segunda alternativa va en ascenso y que podría colocarse en primer lugar, caso de que se dieran condiciones favorables tanto en la disposición del FMLN-FDR como, sobre todo, en un fracaso de las elecciones o en una prolongación del conflicto tras las elecciones con su consiguiente violación grave y masiva de los derechos humanos, punto de vista sustentado indirectamente por el Congreso y, desde luego, por las Naciones Unidas. En este punto la presión internacional puede representar un fuerte impulso para que la administración Reagan acabe prefiriendo la segunda alternativa de unas negociaciones relacionadas con un plan general, que incluyera las elecciones. Esto no se prevé en un plazo inmediato, pues es la primera alternativa la dominante, pero no puede darse como improbable y, menos, como imposible la segunda. La presión interna e internacional, ambas claramente crecientes, pudieran adelantar la fecha de un sustancial cambio de política por parte de Estados Unidos, después de las elecciones de marzo.

2.2. Posición Internacional favorable a la negociación.

Donde más terreno ha ganado el FMLN-FDR en 1981 es en el campo internacional. Puede decirse que en él ha subido casi desde cero hasta ponerse a mayor altura que la Junta, si dejamos a un lado a Estados Unidos, que se ha puesto cada vez con mayor decisión tras la Junta cívico-militar. A comienzos de 1981 puede decirse que sólo Cuba y Nicaragua representaban un sólido apoyo a las posiciones del FMLN-FDR y en medida claramente inferior México y Panamá. Hoy las cosas han cambiado sustancialmente.

No sólo la Internacional Socialista se ha decantado clara y repetidamente por la solución de las negociaciones y por el reconocimiento explícito del FMLN-FDR como parte representativa importante del pueblo salvadoreño, sino que lo han hecho también de una u otra forma organizaciones internacionales muy significativas. Dejando para más tarde lo que representa actualmente la posición de la ONU, expresada en el último diciembre, se puede señalar el apoyo del

Consejo de Europa, del Parlamento Europeo, de la Unión Mundial Demócrata Cristiana, de COPPAL. Estos apoyos son de diversa índole y no siempre suponen exclusión de las elecciones o repudio de la Junta, pero apuntan a un reconocimiento implícito o explícito del FDR-FMLN y, sobre todo, a la salida política por medio del diálogo y de la negociación entre las partes más directamente involucradas en el conflicto. Su orientación pudiera afirmarse diciendo: antes que solución militar, solución política; antes que elecciones, negociación.

En ese avance del reconocimiento del FMLN-FDR como parte representativa del pueblo salvadoreño, con quien hay que contar forzosamente para encontrar una solución racional y justa al conflicto, representó una inflexión sustancial la propuesta de México y Francia ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el 28 de agosto. Estados Unidos se vio sacudido por esa propuesta y movió rápidamente a sus peones latinoamericanos para contrarrestar el efecto. Pero que dos naciones de peso europeo y latinoamericano y de clara trayectoria no comunista se atrevieran a comprometerse con el reconocimiento y la propuesta de negociación suponía un salto cualitativo en la valoración pública internacional del FMLN-FDR.

Este avance ha culminado de momento en la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que en el mes de diciembre se inclinó mayoritariamente por el camino de la negociación, que lleva al menos implícito el reconocimiento de un hecho manifiesto: que el FDR-FMLN son parte sustancial del conflicto, que sin ellos no cabe solución política y que constituyen un fuerte factor de poder en El Salvador. Lo importante no es tanto el número de votantes a favor: 68 naciones contra 22 y 53 abstenciones, sino la cualificación de las mismas. Mientras que en contra se alineaban con Estados Unidos un buen número de gobiernos militaristas latinoamericanos sin credenciales democráticas algunas (Guatemala, Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Haití, entre otros) junto con otros países de mejores credenciales democráticas (Venezuela, Costa Rica, Colombia, etc.), en favor se declaraba casi toda la Europa democrática en pleno con la única exclusión —y sólo a modo de abstención— de Inglaterra, Portugal y España, pero con la presencia activa y afirmativa de países como Alemania e Italia para no hablar de Francia, Irlanda, Bélgica y Holanda, etc. Nunca tantos países de tanta solvencia e impor-

tancia se habían inclinado por el camino de la negociación propuesto por el FDR-FMLN. La mayor parte de los aliados occidentales de Estados Unidos, la mayor parte de los países pertenecientes a la NATO, se han puesto directamente en contra de la solución norteamericana y en favor de la alternativa de la solución política por la vía de la negociación.

La respuesta de Estados Unidos se dio en la OEA, donde por 22 votos a favor, 3 en contra (México, Nicaragua y Grenada) y 4 abstenciones (Panamá, Santa Lucía, Surinam, Trinidad y Tobago) se prefirió de nuevo la idea de las elecciones, pero con matices importantes, sobre todo si se lee esta declaración a la luz de la otra resolución sobre el estado de los derechos humanos en El Salvador. Sin embargo, es claro que en el conjunto de América Latina prima la posición apoyada por Estados Unidos, lo cual es un dato de importancia, dada la naturaleza y la composición de la OEA.

No obstante, en el área de Centroamérica y del Caribe, que es la más directamente afectada por el conflicto salvadoreño, la correlación de fuerzas, si excluimos a Estados Unidos, está a favor de la negociación y aun del FDR-FMLN. Aun prescindiendo de los países caribeños que resistieron a la presión norteamericana de Haig en Santa Lucía y prescindiendo también de Cuba, claramente a favor del FMLN-FDR, nos encontramos con que México y Nicaragua están en favor de la negociación, lo está, aunque en grado menor, Panamá que hizo oferta oficial de sus buenos oficios ante la ONU y podría estarlo en breve Costa Rica tras las elecciones del próximo febrero. Sólo quedarían claramente en contra Guatemala y Honduras en franca desventaja con el conjunto de naciones que van desde México hasta Panamá.

Visto este conjunto de naciones que apoyan la negociación, puede decirse que constituyen un peso notorio, que podría causar efecto en Estados Unidos y derivadamente en otros países latinoamericanos. Por otro lado hay también países dispuestos a ayudar directamente al FMLN-FDR, caso de que les fuera posible y en la medida en que les fuera posible. Las amenazas de cerco militar por parte de Estados Unidos, las amenazas de intervención en Nicaragua y Cuba, subrayan que Estados Unidos teme el apoyo real de otros países, que contrarreste el apoyo real que está dando a la Junta y a su ejército. Ese apoyo puede suponer una cierta seguridad de que el conflicto militar puede prolongarse costosamente

para todos. Pero eso no es lo más importante. Lo más importante es que a lo largo de 1981 más países de mayor importancia política y económica, de más acrisolada tradición democrática se han alineado a favor de la negociación y de alguna manera en apoyo no exclusivo del FDR-FMLN, sin importarles mucho que también estén a favor del FMLN-FDR y del proceso de negociación países de claro tinte marxista. Los temores que ven en esto Estados Unidos y sus aliados en América Latina, piensan esos países democráticos que pueden ser superados a través de una negociación realista, respaldada por países sólidamente democráticos. Sobre este punto deberían reflexionar seriamente no sólo Estados Unidos y otros países latinoamericanos sino también las distintas fuerzas sociales y políticas de El Salvador. El Canciller Fidel Chávez Mena decía en Santa Lucía al agradecer el apoyo dado a la solución de la Junta que no es posible que tantos países se equivoquen. El argumento resulta fácilmente retorçible: ¿estarán equivocados tantos países de tanta experiencia política y con tan escasos intereses inmediatos egoístas respecto de El Salvador?

2.3. El área centroamericana.

La situación del área centroamericana repercute gravemente sobre el problema salvadoreño, así como éste lo hace sobre aquélla. Sin solución razonable para El Salvador, toda el área centroamericana quedará en tensión, tanto social y política como militar. Y, a su vez, sólo una solución equilibrada de toda el área centroamericana podría facilitar la solución del problema salvadoreño. Es la región entera la que está en desequilibrio y crisis. Si la solución en El Salvador no fuera a influir sobre lo que está ocurriendo en Guatemala, si el problema de El Salvador fuera un problema en y por sí mismo, mucho más fácil fuera la salida. Pero no es así.

Ante todo, está Guatemala, que profundiza cada vez más su crisis. Las acciones estrictamente militares van cobrando en ese país mayor fuerza día a día. El proceso lleva un cierto retraso sobre el salvadoreño, pero no puede decirse que lleve menor fuerza. La incorporación de los indígenas a la lucha armada puede representar pronto un agravamiento y endurecimiento del conflicto guatemalteco. Guatemala, hasta ahora mucho más aislada internacionalmente que El Salvador, ha emprendido un terrorismo de Estado y una tal indisimulada estrategia de represión, que hasta a

Lo que parece estar claro en la actual coyuntura es que no hay salida razonable por el solo camino de las armas, que la guerra antes va a destruir a la nación entera que a una de las partes en litigio y, sin embargo, la guerra continuará mientras no se encuentre otro principio de solución.

Estados Unidos no se le hace fácil darle apoyo. El régimen guatemalteco no se siente todavía mortalmente amenazado, pero la guerrilla va cobrando más y más fuerza, con lo que en los próximos meses Centroamérica tendrá otro foco de guerra, tan encendido como el de El Salvador.

Nicaragua sigue llevando adelante su proceso revolucionario con grandes dificultades, sobre todo, de índole económica. En dos años ha logrado formar el ejército terrestre más fuerte del área, con una potencialidad que ha llegado a desequilibrar en favor de los movimientos revolucionarios el potencial bélico de la zona. Estados Unidos ha respondido con muy serias amenazas de intervención y de aislamiento; acusa a nicaragüenses y cubanos de ayudar a los grupos revolucionarios, sobre todo de El Salvador, pero también de Guatemala. Estados Unidos ve con horror que la sombra de Nicaragua llegue a extenderse a El Salvador y a Guatemala y, para impedirlo, trata de frenar todo envío de armas y, no contento con eso, trata de desestabilizar y aun derrocar al régimen sandinista. Entre los múltiples medios que emplea para ello están también las acciones militares, que van desde el hostigamiento militar apoyado en territorio hondureño hasta la preparación de acciones militares de mayor alcance: se ha amenazado públicamente a Nicaragua con intervención o con acciones colectivas de países latinoamericanos, aunque sin contar con el respaldo esperado, ni siquiera en la OEA.

Estos tres importantes focos de tensión en el área: El Salvador, Guatemala y Nicaragua son más que suficientes para dejar en precario la situación de los demás países. Honduras queda afectado de lleno a través de su triple frontera con ellos, sobre todo si se tiene en cuenta la evidente fragilidad de sus estructuras sociales; en es-

pecial, su connivencia con acciones lanzadas desde su territorio contra Nicaragua y su permisividad con las incursiones del ejército salvadoreño en la frontera común pueden desatar tensiones internas y aun acciones externas, que rompan su inestable equilibrio. Distinto es el caso de Costa Rica por su mayor tradición democrática y por su hasta ahora relativamente sólido equilibrio social; sin embargo, la gravedad especial de su coyuntura económica, que es efecto de causas estructurales de difícil arreglo sin grandes tensiones sociales, es otro foco de problemas en el área, aunque de momento de un tipo distinto al de los que se están dando en Guatemala y El Salvador. Panamá está en mejor situación, aunque queda todavía por resolver la sustitución real del General Torrijos, uno de los personajes más influyentes en el área por lo menos en los últimos cinco años.

No hay duda de que toda esta coyuntura centroamericana pesa mucho sobre El Salvador y sobre lo que se puede hacer en El Salvador. No se pueden proponer soluciones, ni desde dentro ni desde fuera del país, que no tengan en cuenta la situación del área. Y, aunque cada uno de los países tengan sus problemas propios y sea distinto en cada uno de ellos el proceso histórico y el momento de ese proceso, es claro que el área necesita una solución de conjunto, que, como tal, no puede menos de ser negociada, porque de lo contrario, no sólo no se podrá encontrar una solución equilibrada y con perspectivas de futuro para toda el área, sino que se corre el peligro de una regionalización del conflicto y aun de las acciones bélicas. No vale aquello de sálvese quien pueda y como pueda, según la fuerza que piensa tener. Se necesita una negociación regional con aval internacional. Y a esto parecen ir dirigidos muchos esfuerzos internacionales.

3. Análisis de la coyuntura social interna.

Tanto el análisis de la coyuntura militar como el de la coyuntura internacional muestran que el elemento decisivo del conflicto salvadoreño en esos dos campos no está en el interior de El Salvador sino fuera de sus fronteras y especialmente en Estados Unidos. Ya lo hemos dicho: si sale del conflicto el peso militar de Estados Unidos la balanza se inclina hacia el FMLN; si se pone el peso militar de Estados Unidos en el platillo del FMLN con mucha mayor razón. Si Estados Unidos apuesta por la negociación, la negociación saldrá adelante; si apuesta por las elecciones, las elecciones se tendrán. Lo que ya no es tan claro es, si dados los límites que Estados Unidos se ha puesto de momento a la intervención en El Salvador, esos límites le permitirán el rápido triunfo militar o la fácil solución política de las elecciones.

Pero el reconocimiento del papel preponderante de Estados Unidos en el conflicto salvadoreño, no excusa el análisis de lo que ocurre en el interior de nuestras fronteras. Porque los datos y las fuerzas que se dan dentro de ellas son parte indispensable para que pueda prosperar una u otra solución. Este análisis lo vamos a hacer en dos secciones: en la primera, describiremos someramente algunas características fundamentales de la coyuntura y, en la segunda, algunas de las fuerzas sociales más importantes.

3.1. Características fundamentales de la coyuntura.

Dejada aparte la guerra misma como una de las características fundamentales de la actual situación salvadoreña, pueden señalarse otras tres: la represión y permanente violación masiva de los derechos humanos fundamentales, la descomposición de la vida social y el empeoramiento galopante de la vida económica. Son tres elementos íntimamente ligados entre sí y que forman, junto con la guerra, un todo dramático que está exigiendo una pronta, justa y firme solución, so pena de ir a parar a unos niveles de inhumanidad absolutamente inaceptables y cada vez menos tolerables por los propios salvadoreños y por el mundo civilizado. Son ya más de dos años de progresivo deterioro y ya, sólo en muertes, hemos alcanzado la terrible cifra de la matanza de 1932, los treinta mil muertos, que se suponía nunca más iban a darse en El Salvador.

A. La represión y la violación sistemática de

los derechos humanos es una de las características más definitorias de la situación en El Salvador. Ni siquiera pueden contabilizarse las vidas arrebatadas por la violencia con todo lujo de crueldad. La cifra de treinta mil no es de ningún modo arbitraria, aunque es posible que los contabilizados estrictamente, aquellos de los que hay prueba fehaciente de que han muerto, sean cerca de veinticinco mil, de los cuales 9,826 en 1980 y 11,723 en los diez primeros meses de 1981 (Proceso, n. 46, p. 13). Como se ha repetido por la mayor parte de los observadores, éstos no son muertos caídos en enfrentamientos, sino que son víctimas de la represión. En este momento lo importante no es definir quiénes son los responsables inmediatos y efectivos de estas muertes, donde algunos podrían objetar que no se sabe con certeza quiénes son, al menos en todos los casos. Hay de momento algo más importante: es el hecho mismo de la represión, que lejos de disminuir va en aumento. Quiere esto decir que uno de los elementos esenciales de la actual coyuntura es el asesinato masivo, el terrorismo permanente, reflejado además en los más de quinientos mil desplazados, que han huido de sus lugares literalmente aterrorizados más por la represión que por la guerra misma.

No hay duda de que esta represión pesa decisivamente sobre el pueblo salvadoreño en primer lugar y sobre la opinión internacional después. Empezando por esta última, es la represión en su número y en su modo lo que tiene asombrado e indignado a tantas naciones, pueblos, gobiernos, instituciones internacionales, etc. Si no fuera por la represión, si el gobierno de El Salvador hubiera podido terminar con ella, hoy una gran parte de naciones democráticas estarían a su favor. Pero la represión se ha constituido en un elemento necesario para sostener la actual estructura de poder, para sojuzgar lo que llaman movimiento subversivo. Y, por eso, a pesar de sus costos nacionales e internacionales, no se la puede detener.

Pero pesa también y principalmente sobre el pueblo salvadoreño. Ante todo como sufrimiento, como terror humano. Pero también como factor político. Puede que en algunos de los familiares suscite una radicalización de sus convicciones y una urgencia de hacerse justicia por su mano o por mano del FMLN, pero puede también que vaya causando cada vez más amedrentamiento, desesperanza; por eso cerca de un cuarto de millón de salvadoreños han huido del país, aun a sabiendas de que iban a parar en lo incier-

to, pero siempre preferible a lo cierto que les esperaba; por eso, cientos de miles han cesado en su apoyo activo al FMLN y se han ido retirando de la actividad política y aun sindical. La represión está causando sus efectos. Y es que hace falta un heroísmo extremo y convencido para poder enfrentar constantes peligros de muerte y tortura durante tanto tiempo y sin esperanza cierta de un término alcanzable o previsible a corto o mediano plazo.

Y junto a esta represión que no va contra los derechos humanos sino que va contra algo más hondo, contra la vida misma, contra el hombre mismo, todo el resto de violaciones de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, que hacen de El Salvador uno de los países más negros en el mapa mundial, según la apreciación de las Naciones Unidas. El último Representante Especial enviado por las Naciones Unidas para investigar cómo se respetan los derechos humanos en El Salvador, a pesar de no haber podido informarse a fondo sobre la magnitud, detalle y responsabilidad de esas violaciones, llega a las siguientes conclusiones: "es evidente que la gran mayoría del pueblo salvadoreño no disfruta de niveles mínimamente aceptables de derechos económicos, sociales y culturales de particular importancia... En cuanto a los derechos civiles y políticos, la información recogida por el Representante Especial le ha hecho adquirir la certeza moral de que bajo el régimen de la Junta Revolucionaria de Gobierno... se han cometido en El Salvador violaciones graves, masivas y persistentes de tales derechos, que en muchos casos han terminado trágicamente en atentados a la vida humana" (**Informe del Representante Especial de la Comisión de Derechos Humanos sobre El Salvador**, A/36/608. pp. 46 y 47).

Cuando, por otra parte, el Congreso de Estados Unidos exige como condición primera para que la administración Reagan siga enviando ayuda a El Salvador el que "el gobierno de El Salvador esté haciendo un esfuerzo significativo y coordinado para respetar los derechos humanos reconocidos internacionalmente" y que "esté controlando sustancialmente los elementos de su propia Fuerza Armada para poner fin a la tortura y al asesinato indiscriminado de los ciudadanos salvadoreños por estas fuejzas", está reconociendo que se sigue dando una violación masiva y grave de los derechos humanos y que en esa violación tiene una seria e inalienable reponsabilidad el gobierno.

Lo mismo cabe decir del informe de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, punto que ha sido silenciado internacionalmente, en el que se vuelve a confirmar la gravedad y la multiplicidad masiva de violaciones de derechos humanos en El Salvador actual. El informe oficial se dio a conocer poco después de que la Asamblea aprobara la resolución en favor de las elecciones, pero no por ello disimula el lamentable estado en que se encuentra El Salvador por lo que toca a la violación de los derechos humanos.

Efectivamente, en el **Informe anual de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos a la Asamblea General (1980-1981)**, dice entre otras cosas: "Durante el periodo al que se contrae este informe, las violaciones más graves de derechos humanos se manifestaron, en relación al derecho a la vida, a través de ejecuciones ilegales. Tales ejecuciones ocurrieron principalmente, aunque no exclusivamente, en El Salvador y Guatemala. Dentro del clima de violencia generalizada que sacude a esos dos países acabieron, en una cantidad verdaderamente alar-

La represión y la violación sistemática de los derechos humanos es una de las características más definitorias de la situación en El Salvador. Ni siquiera pueden contabilizarse las vidas arrebatadas por la violencia con todo lujo de crueldad. La cifra de treinta mil no es de ningún modo arbitraria.

mante, lo que la Comisión ha convenido en llamar ejecuciones ilegales o extrajudiciales. Tales ejecuciones, la mayoría de las veces, fueron cometidas directamente por las fuerzas de seguridad que actúan impunemente al margen de la ley, como asimismo por grupos paramilitares que obran con la aquiescencia o consentimiento tácito de los gobiernos... Como lo ha dicho la Comisión, los Estados no pueden caer en el terrorismo estatal para combatir el terrorismo subversivo"... "El fenómeno de las ejecuciones ilegales suele también venir acompañado de lamentables circunstancias agravantes. En ocasiones los cadáveres descubiertos presentan brutales señales de tortura. Muchas veces los cuerpos se encuentran desnudos, sin identificación, algunas veces incinerados, las mujeres por lo general violadas y, en fin, las personas dejan huellas de haber sido objeto de innumerables apremios que seguramente han sido la causa directa de su muerte". (OEA/Se. G, CP/doc. 1281/81; los subrayados son nuestros). Las violaciones de los derechos humanos, el 90% de los asesinatos hay que cargarlos en esta cuenta del gobierno y de sus aliados.

Esto no obsta a que deban reconocerse violaciones de los derechos humanos por parte del FMLN. Los ajusticiamientos pueden ser de algunos cientos. No es fácil dar cifras de aquellos casos en que miembros de las milicias revolucionarias o simplemente elementos organizados se han tomado la venganza por su mano, sobre todo en zonas rurales, contra miembros de ORDEN, contra "orejas" o similares, pero su número no es muy amplio. Están después los casos de secuestros con intención de conseguir fuertes rescates, algunos de los cuales han terminado con la muerte injusta de los secuestrados. Asimismo las bombas puestas contra residencias y negocios de personas acaudaladas o sospechosas de favorecer políticas represivas; estos últimos hechos no conllevan casi nunca lesiones personales y, menos aún, pérdidas de vidas humanas. Puede, sin embargo, toda esta suerte de actividades ser considerada como acciones terroristas, que violan en distinto grado e importancia derechos humanos, sobre todo cuando tienen como resultado la muerte de las víctimas.

Distinto es el caso de los sabotajes, dirigidos principalmente contra puentes y torres de conducción eléctrica. Este es un elemento usual y reconocido en la guerra, sobre todo cuando ésta es de carácter irregular. Algunas de estas acciones van dirigidas a frenar la capacidad militar del ad-

versario, sobre todo en su sistema de comunicación y otras a dañar el aparato productivo. Durante 1981, sobre todo en la última parte del año, el FMLN ha insistido mucho en este tipo de acciones, causando graves daños a la economía. En general puede decirse que han ido disminuyendo las acciones que pudieran considerarse como estrictamente terroristas y que han ido aumentando las que pueden tipificarse como acciones directa o indirectamente militares.

Como militares han de verse también las acciones de tipo emboscada, generalmente llevadas a cabo contra fuerzas militares enemigas de cualquier índole que éstas sean. Las emboscadas son de distinto tipo y van desde las emboscadas armadas y ataques sorpresivos a pequeñas unidades militares, patrullas cantonales, etc., hasta bombas puestas a vehículos, etc. Es preciso reconocer que un buen número de muertes de tipo represivo cometidas por las fuerzas gubernamentales proviene de acciones de represalia ante este tipo de ataques.

Tenemos así que durante 1981 ha aumentado la represión y la violación de los derechos humanos por parte de uno de los bandos en conflicto; el resultado de este tipo de acciones es el repudio internacional, la desaprobación de las fuerzas honestas del país, pero, por otro lado, un progresivo amedrentamiento de las fuerzas simpatizantes de la oposición y una paulatina paralización de sus muestras de apoyo. Por parte de la oposición ha aumentado el capítulo de los sabotajes y el de las emboscadas: los sabotajes a la producción están causando daños también progresivos a la economía, pero también un cansancio creciente entre la población civil que los sufre directa o indirectamente, las emboscadas están causando un alto número de muertes entre la tropa enemiga y un claro freno a sus despliegues, lo cual sirve de permanente desgaste y también de incipiente desmoralización. No se ve de momento que ninguna de las partes piense en cambiar de táctica, a no ser que se entrara en el camino de la negociación. En los próximos meses puede esperarse que siga la represión masiva, aunque disminuirá la represión de personajes e instituciones calificadas, y puede esperarse también que prosigan las emboscadas y los sabotajes, aunque tal vez se reduzcan aquellas acciones que puedan causar descontento popular o que puedan quitar credibilidad a la propuesta de negociación. Un fracaso definitivo de la propuesta de negociación llevaría probablemente a un recrudecimiento no

Podría decirse la negociación va en ascenso y que podría colocarse en primer lugar, caso de que se dieran condiciones favorables tanto en la disposición del FMLN-FDR como, sobre todo, en un fracaso de las elecciones o en una prolongación del conflicto con su consiguiente violación grave y masiva de los derechos humanos, punto de vista sustentado indirectamente por el Congreso y, desde luego, por las Naciones Unidas.

La complejidad se concretiza en algunos de los temas fundamentales: la guerra, las elecciones, las negociaciones y la presión internacional.

sólo de las acciones estrictamente militares sino también a las de sabotaje y aun a otras.

B. La descomposición de la vida social, cada vez más acelerada, es otra de las características fundamentales y, a la larga, más graves de la situación actual. Esta descomposición merecería un estudio detallado y sistemático, que aquí no podemos hacer. Basten algunas insinuaciones, que indiquen la gravedad de esa descomposición.

En primer lugar, podría señalarse la descomposición de las instituciones. Las instituciones sociales y políticas creadas para un objetivo honesto y necesario se dedican en buena parte a hacer lo contrario de aquello para lo que han sido creadas. Cuando se habla de un terrorismo comprobado de Estado, cuando observadores internacionales e instancias imparciales hablan de abusos inconfesables de la Fuerza Armada, de los cuerpos de seguridad; de pasividad y permisividad en el Poder Judicial; de incapacidad de las respectivas autoridades para controlar los excesos de sus subordinados; de premeditadas campañas de organismos oficiales para engañar y para calumniar; de parcialidad manifiesta y de deformación sistemática a través de los medios de comunicación social..., uno no puede menos de espantarse contemplando hacia qué abismo de aniquilación y desmoralización se está llevando al conjunto de las estructuras nacionales.

En segundo lugar, la polarización de las fuerzas sociales va en aumento y en profundidad. No se trata ya tan sólo de la declarada y abierta guerra civil, que enfrenta en los campos de la nación a dos ejércitos numerosos, sino del otro enfrentamiento, en el que no participan directamente los militarizados sino las distintas fuerzas sociales del país. En ese capítulo hay que apuntar a los grupos que organizan y financian a los escuadrones de la muerte y a las bandas paramilitares, que operan sobre todo en las ciudades; hay que apuntar también a esa red inmensa que se extiende por todo el agro salvadoreño, una red de sangre, de odio, de denuncias, de acusaciones falsas, de venganzas, de pillaje, de sálvese quién pueda y como pueda, una red que entrapa a miles y miles de salvadoreños en el macabro juego de morir o de matar; hay que apuntar finalmente a los que se aprovechan del conflicto para dar suelta a actividades típicamente de bandidismo, sobre todo en una situación en que falta el trabajo y en la que más seguro se vive de nómada que de sedentario.

En tercer lugar, la pérdida general de valores humanos. Es cierto que la lucha revolucionaria, ideal y moralmente entendida por parte de unos, y la lucha contra-revolucionaria en otros, ha podido suscitar en diversos grados nuevas habilidades y aun nuevas formas de convivencia y de soli-

daridad. En especial hay suficientes indicios de que entre los combatientes revolucionarios y entre el pueblo que convive con ellos se han logrado formas de poder popular, de participación y de convivencia, que son de resaltar. También pueden reconocerse en el lado opuesto algunos valores importantes. Pero más en general puede hablarse de un egoísmo generalizado, que sin pudor alguno, impera por doquier, un desprecio absoluto de la verdad, una gran falta de esperanza, la utilización de cualquier medio por repugnante que sea con tal de conseguir lo que uno pretende, un endurecimiento ante el dolor y la necesidad ajenos... En una palabra, estamos llegando a grados increíbles de deshumanización. Siguen resonando palabras idealistas en boca de los voceros públicos, pero la verdad de los hechos las desmiente a diario. Fuentes oficiales presentan testigos falsos y amañados para calumniar y desprestigiar a personas honorables, los medios de comunicación dan realce a esos infundios y así, de este y de otros modos, se va envenenando a la opinión pública y creando el caldo de cultivo para toda suerte de acciones asesinas.

Todo ello da como resultado la ingobernabilidad del país. Muchos otros factores contribuyen a esta ingobernabilidad, que es como el signo y el castigo manifiesto de lo que es realmente y de lo que se hace con la vida social. Ingovernabilidad por la imposibilidad de pacificar el país y por la imposibilidad aun de terminar con la guerra misma a mediano plazo; ingovernabilidad por la imposibilidad que tienen las autoridades de poder hacerse obedecer por las propias fuerzas del Es-

tado, y ya no digamos por los distintos grupos sociales; ingovernabilidad por la falta de un proyecto claro y aceptado de gobierno y por la preparación de unas medidas y de unas gentes capaces de desarrollarlo; ingovernabilidad por la discordia permanente y las zancadillas perpetuas de los grupos de derecha y los grupos de poder que se disputan los puestos claves del Estado; ingovernabilidad por la imposibilidad de hacer establecer las mínimas exigencias del derecho y de investigar aun los crímenes más horrorosos... Las causas y los efectos de la ingovernabilidad podrían multiplicarse, pero no es necesario porque el hecho mismo es manifiesto y su gravedad inocultable. El Salvador no sólo se va deteriorando galopantemente en todos y cada uno de los indicadores sociales sino que va haciendo cada vez más difícil su futuro. Todo el sistema educativo se va deteriorando, las escuelas rurales cerrando, la Universidad Nacional se sigue manteniendo cerrada como una señal más de la ingovernabilidad del país. El año dos mil con sus nueve millones de habitantes y con su inmensa cuota de problemas está ya a escasos veinte años vista. Y El Salvador no se prepara para resolverlos sino por el expeditivo medio de reducir la población con decenas de miles de asesinatos. Por el camino que llevamos no se ve cómo pueda aclararse nuestro futuro, ni siquiera se ve cómo El Salvador pueda empezar a ir siendo un país mínimamente gobernable, en el que el Estado cumpla con sus funciones propias y las fuerzas sociales puedan desarrollar libre y responsablemente sus capacidades creativas y constructivas.

La situación del área centroamericana repercute gravemente sobre el problema salvadoreño, así como éste lo hace sobre aquélla. Sin solución razonable para El Salvador, toda el área centroamericana quedará en tensión, tanto social y política como militar.

Las elecciones, lo hemos visto, no son una sustitución de la guerra sino más bien una legitimación de la misma.

C. El empeoramiento constante de la situación económica es otra de las características fundamentales de la coyuntura actual. Los principales indicadores económicos han alcanzado los niveles más bajos en los últimos once años y precisan niveles todavía inferiores. En términos reales la producción de bienes y servicios habría disminuido en un 33% desde 1978. Se estima que a finales de 1981 el consumo del salvadoreño promedio habrá sido de 357 colones al año, que representaría el nivel más bajo en los últimos veinticinco años.

Durante 1981, la inversión privada ha sido de 91.5 millones de colones, cuando en 1979 fue de 239 millones. La inversión en activos fijos —fundamentalmente maquinaria y equipo— ha disminuido en más del 64% en los últimos dos años. En 1980, el porcentaje de fondos privados no utilizados y desaparecidos del sistema fue superior al 75%. Y no parece exagerada la estimación de que en los dos últimos años se han sacado fraudulentamente del país más de un mil millones de dólares, cifra superior a la del presupuesto total de la nación en un año.

El paro resulta así una consecuencia necesaria. Más de la mitad de la población activa se ve afectada por el paro y, durante la mayor parte del año, puede considerársela en paro casi total. Por otro lado, aun los que tienen trabajo, se ven afectados severamente por la inflación, que en el año 1981 se estima haber sido superior al 50%. A pesar del peligro que suponen las protestas —peligro de perder el trabajo y aun peligro de perder la vida— algunas organizaciones sindicales protestan por esta situación, agravada por la congelación de salarios. Nada de esto se ve que pueda mejorar, mientras no termine la guerra y se vean posibilidades ciertas de reconstrucción.

Los empresarios, por su parte, no cesan de protestar y de acusar al gobierno demócrata-cristiano —con el sector militar no se atreven— de incapacidad en la gestión económica. Hablan de crisis casi desesperada, a cuya gravedad contribuye la crisis económica general y los bajos precios de los productos de exportación. Las exportaciones descendieron en más del 29% en 1981 y de los 3,058 millones de colones que alcanzaron en 1979 bajaron a 2,142 en 1981. La situación de las divisas es casi desesperada y la devaluación real del colón frente al dólar es de un 30%. El Estado ya no proporciona divisas a los ciudadanos turistas que salen al extranjero y las divisas para estos y otros menesteres han de adquirirse en el mercado negro.

La propia administración Reagan reconoce lo catastrófico y peligroso de esta situación económica y pide incesantes nuevos recursos al Congreso para poder paliar coyunturalmente la catástrofe. Uno de los funcionarios de la Casa Blanca hubo de confesar ante el Congreso, que en caso de negativa a las nuevas ayudas la economía podría colapsar y, lo que sería para ellos peor, el pueblo desesperado podría echarse en manos de la guerrilla. Sólo con la abundante ayuda de Estados Unidos y con el respaldo de Venezuela se ha podido salir adelante. A las declaraciones del Ministro de Planificación de que en El Salvador, la economía salvadoreña, ha salido ya de la sala de cuidados intensivos y de que ha entrado en una etapa de recuperación, responden la empresa privada y los otros partidos políticos con burlas y sarcasmos.

Es cierto, sin embargo, que la empresa privada no ve la coyuntura con desesperación. De lo contrario no se explicaría su agresividad política y su empeño por situarse en los puestos claves del

El conflicto salvadoreño no es "sólo" una cuestión salvadoreña. Afecta en primer lugar el área centroamericana; afecta, en segundo lugar, al equilibrio de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética; afecta, en tercer lugar, a la paz mundial en tanto representa el conflicto salvadoreño uno de los puntos calientes del mapa universal.

El FMLN no reconoce la teoría del empate. Acepta que no ha logrado todavía el triunfo militar decisivo.

poder. La explicación de esta conducta puede significar dos cosas: que ven en gran peligro su situación y que quieren acudir a remediarla desde el poder del Estado; en segundo lugar, que no lo quieren perder todo y que ven la posibilidad de que Estados Unidos propicie un gran plan de desarrollo económico para El Salvador, dentro del cual podrían recuperarse. Pero, como quiera que sea, la empresa privada no ve la situación económica sin remedio y no ve su causa perdida. Podría pensarse que lo que está procurando es alargar lo más posible el tiempo de la cosecha, pero más probable es que, sin excluir la posibilidad anterior, aún mantenga la esperanza de recuperarse, a pesar de las dificultades y aun de las graves pérdidas actuales. Por otra parte, la fuga incesante de capitales prueba cómo la clase empresarial tiene preparada su salida y tiene aseguradas sus espaldas. En El Salvador, como suele ser habitual en ellos, especialmente en los grandes, trabajarían con recursos ajenos, mientras que los recursos propios buscarían multiplicarse en tierra extraña.

Cuando la coyuntura económica mundial es tan mala, cuando es tan grave la coyuntura económica centroamericana, como se ve en Costa Rica, Honduras y Nicaragua, la economía de guerra en la que cada vez más se mete El Salvador hace que la coyuntura no prometa más que nuevos agravamientos, nuevos sufrimientos para el pueblo, nuevas oscuridades para el futuro. La situación podrá estirarse; es improbable que el empeoramiento de la situación económica traiga a la corta consecuencias decisivas al conflicto. Pero de lo que no hay duda alguna es de que la situación económica es otro de los capítulos fundamentales, que exigen una pronta solución al conflicto salvadoreño, una solución exigida tanto por los efectos presentes que produce sobre la mayoría del pueblo salvadoreño como por lo que el retardo en la solución pueda significar para la viabilidad misma de la nación. Todos los datos y los análisis que periódicamente publica el CIDAI y el CUDI de la Universidad José Simeón Cañas sustentan de sobra esas afirmaciones.

3.2. Análisis coyuntural de las fuerzas sociales.

Para comprender la actual coyuntura salvadoreña y para prever caminos de solución es menester esbozar un cuadro de las fuerzas sociales más importantes, desde el punto de vista de su operatividad en la situación actual. Para ello no es preciso partir de una u otra teoría de las fuerzas sociales, por ejemplo, no es necesario partir de la teoría de las clases sociales. Y esto por varias razones: en primer lugar, ninguna de las teorías sobre las fuerzas sociales ayuda mucho para hacer una aproximación coyuntural; en segundo lugar, es muy discutible que la situación salvadoreña esté tan definida que el conflicto pueda analizarse a la corta en términos de clases sociales o en términos de otras categorías canónicas; finalmente, porque la elección de una teoría determinada dejaría al lector con la sospecha de una parcialidad, que quisiéramos evitar.

Por todo ello vamos a proceder empíricamente dirigiendo la mirada a aquellos sectores oficiales, cuya operatividad y responsabilidad sobre la situación actual es evidente. Cómo están y hacia dónde se inclinan esas fuerzas, es lo que importa determinar. Y esto no porque sean las únicas fuerzas operantes sobre el conflicto, ni porque sean las decisivas, sino porque más simplemente son las que de un modo o de otro se hacen presentes en la continuación del mismo y tendrán que hacerse presentes en su solución. Es probable, por ejemplo, que el peso de Estados Unidos por un lado, o el de Cuba y Nicaragua por otro, sean más decisivos últimamente; pero ese peso no podría hacer sentir su efecto sino a través de determinadas fuerzas sociales en el interior del país.

A. Los militares son claramente una de esas fuerzas. Lo han sido a lo largo de la historia de El Salvador, especialmente desde 1932. Y lo son ahora también. Fueron los militares los que lanzaron el movimiento del 15 de octubre, que inicia una nueva fase —la más dramática en la historia salvadoreña, al menos desde 1932—, son los militares los que hacen pacto y alianza con el PDC al comienzo de 1980, son los militares los que

sostienen la guerra y son los militares los que de hecho mantienen el proyecto actual y aun al gobierno. Son, por tanto, una de las fuerzas más importantes al interior del país; probablemente la más importante en la inmediatez y eficacia de su operatividad.

Un análisis coyuntural de la situación de los militares salvadoreños debe partir de la preparación del golpe del 15 de octubre. La llamada *juventud militar*, que posibilitó el 15 de octubre, mostró que al interior de la Fuerza Armada se daban actual o potencialmente un buen número de elementos, que no estaban de acuerdo con dos hechos básicos de la historia reciente de El Salvador: la sumisión de la Fuerza Armada a los poderes oligárquicos, que la habían corrompido en buena medida y la habían obligado a prácticas represivas deshonrosas para la institución, por un lado; por otro, la necesidad de buscar una vía efectiva para sacar al país del subdesarrollo y de la dominación. Estas dos convicciones fundamentales encontraron una cierta unanimidad entre los oficiales y, más o menos sinceramente, en algunos jefes, que no habían podido entrar en la argolla del General Romero. Pero, junto a esos dos hechos, la unanimidad moral se extendía también a otros dos supuestos: nada debería poner en peligro la institucionalidad de la Fuerza Armada, ni siquiera su rango de fuerza política controladora del país, al menos por el camino del veto, en primer lugar y, en segundo lugar, el rechazo de lo que de una forma u otra pudiera presentarse como infiltración marxista.

Los hechos, desde el quince de octubre hasta hoy, han demostrado que estos dos supuestos eran más poderosos que los otros dos principios fundamentales. Cuando, desde los primeros días después del derrocamiento del General Romero, se empezó a ver en cierto peligro esos dos supuestos, el movimiento de la juventud militar, en gran parte por impericia política de sus dirigentes, empezó a cuartearse. Muy pronto tomó el mando total la generación más vieja del golpe y las cosas comenzaron a cambiar. Nada mejor para seguir este cambio que la baja en el apoyo al Coronel Majano. Elegido con aplastante mayo-

ría para conducir el golpe, las sucesivas votaciones y hechos militares mostraron cuál era el sentir de la Fuerza Armada. Majano fue siempre y sigue siendo un institucionalista, que por nada del mundo habría puesto en peligro la subsistencia y la dignidad de la Fuerza Armada y, sin embargo, su aquiescencia al diálogo con las fuerzas de la izquierda fue manejada hábilmente para sustraerle votos y apoyo y para trasladárselos al Coronel Abdul Gutiérrez, cabeza visible con el Coronel García de la otra dirección, que ponía por encima de todas las cosas el poder absoluto de la Fuerza Armada y el rechazo de todo aquello que podría suponer la menor sombra de marxismo.

No es necesario seguir en detalle el proceso de la caída del Coronel Majano, una caída progresiva y cuidadosamente preparada. Todavía en los primeros meses de 1980, el Coronel Majano seguía siendo la carta de Estados Unidos, que hubiera deseado tenerle al frente de la Fuerza Armada, mientras colocaba a Duarte al frente del poder civil. Todavía en septiembre de 1980 el Coronel Majano contaba con un poder sustantivo dentro de la Fuerza Armada, a pesar de las sucesivas maniobras a través de las órdenes del día para quitarle apoyos. Ya para noviembre Majano no contaba con un número importante y bien situado de militares, a pesar de que su figura seguía mereciendo el respeto y aun la adhesión de unos cien oficiales.

¿Cómo está hoy la situación en enero de 1982? No es fácil determinarlo con precisión. Pero pueden prolongarse las líneas que han prevalecido en los meses últimos.

Parecería como lo más probable que la inmensa mayoría de los oficiales actuales preferirían un triunfo militar, aunque fuese a mediano plazo. Esto permitiría el asegurar definitivamente la institucionalidad de la Fuerza Armada, aumentaría grandemente su prestigio y poder, alejaría el fantasma del comunismo. Los propósitos publicitados por el FMLN desde hace dos años, de la sustitución del ejército actual por el ejército popular y de la exigencia de juicio y castigo a los culpables, a pesar de moderaciones

**Se someten las elecciones
a la guerra y no la guerra a las elecciones; se somete
lo político a lo militar y no lo militar a lo político.**

posteriores, no han podido menos de causar su efecto de cerrar filas en torno al actual proyecto de la Fuerza Armada, que pasa por la derrota militar de sus adversarios. Tras el triunfo militar, caso de darse, cabrían dos direcciones: una paulatina autodepuración y profesionalización del ejército, según el espíritu del quince de octubre, o una vuelta a lo de siempre.

En caso de que el triunfo militar se postergase y de que ese postergamiento supusiese costos graves en vidas de oficiales de más alta graduación, o de que ese postergamiento trajese males cada vez más graves y profundos al país, cabría pensar en que aflorasen las diversas tendencias que se han ido apuntando en estos últimos años. Puede calcularse que un 20% ó 30% de la FA se inclinase a dar un golpe de derechas en busca de una solución tipo Pinochet; de todos es sabido que ha habido permanentes intentos o, al menos, amenazas de golpe a lo largo de estos meses, a los que se ha referido varias veces Duarte. Por otro lado, puede hablarse de un 40% de institucionalistas, que querrían una FA moderna y profesional. Habría otro 20% que aún podría considerarse majanista y que propugnaría la institucionalidad, la honestidad total y un cierto progresismo social, que rompiese con la oligarquía y con quienes son responsables de la injusticia estructural. Quedaría un 5% que podría considerarse revolucionario. Estos porcentajes son hipotéticos y pueden ser cambiantes, según discurran los acontecimientos; además, señalan sólo tendencias, algunas de ellas potenciales, pues hay signos en el pasado inmediato de un buen número, que hoy está en un sector y otro en uno distinto, según sea el color de los mandos supremos.

Esta composición de tendencias permite varias recomposiciones. El factor principal para esas recomposiciones sigue siendo Estados Unidos, que tiene en sus manos el arma todopoderosa de la ayuda militar, que asegura el no ser derrotados y aun el no verse en peligro. Por otro lado, no se ven líderes claros, que pudieran asumir la sustitución de los actuales en su control de la Fuerza Armada. D'Abuison puede considerarse como líder de la facción más derechista y Majano podría volver a constituirse en líder alternativo no sólo de los majanistas, sino también de los institucionalistas, caso de que Estados Unidos buscase una recomposición.

Otro factor importante podría ser una oferta distinta en la negociación propuesta por el FDR-FMLN. La negociación no puede ser aceptable para la FA, mientras suponga una destruc-

ción de la institucionalidad y exija una muy cruda toma de cuentas de lo hecho en estos dos años de represión. El estado de la guerra no fuerza a los militares a una negociación desventajosa para ellos. Mucho más cómoda les es de momento la solución de las elecciones, que la han manejado con éxito durante los últimos cincuenta años. Tendrían, por tanto, que conjuntarse diversos factores: cambio en la política de Estados Unidos, cambio cualitativo en el curso de la guerra, cambio en el contenido de la propuesta negociadora... para que se viese como probable una recomposición de los diversos sectores militares en favor de una solución concertada y pacificadora. Sin olvidar la posibilidad siempre abierta del camino del golpe, más factible en la línea de los derechistas que en la línea de los institucionalistas. También el modo como discurra el proceso electoral, tanto en su preparación como en su cumplimiento, podría remover las aguas militares.

B. El capital y la gran empresa privada es otro de los factores más importantes, otra de las fuerzas sociales más operativas, no sólo en los procesos estructurales del país sino también en sus vaivenes coyunturales. Un tanto amedrentado en los primeros momentos del quince de octubre, pronto recuperó la iniciativa y puso en juego todo su sistema de presión para recuperar el espacio perdido. Las medidas antioligárquicas de la Junta militar democristiana molestaron profundamente al sector más conservador del capital y puso en guardia al resto, pero no lo debilitó de momento. La reforma agraria, la nacionalización de la banca y del comercio exterior son en sí mismas medidas importantes, que llevadas a sus últimas consecuencias podrían debilitar al gran capital. Pero el gran capital se las arregló pronto para frenar la segunda fase de la reforma agraria, para manejarse favorablemente con la nueva banca y, sobre todo, para cerrar filas y preparar su contraofensiva. La verdad es que hoy el capital y la empresa privada siguen representando un papel muy importante y siguen teniendo un peso decisivo, al menos si logra mantenerse unido y si consigue recuperar sus antiguas alianzas.

En Julio de 1981 el llamado Sector Productivo se reunió en un Simposio Nacional los días 23, 24 y 25. Tras esta nueva unidad aparecían los mismos rostros antiguos: ANEP, ASI, Cámara de Comercio e Industria de El Salvador, Consejo de Entidades Agropecuarias. Como cierta novedad ampliaban su espectro con FENAPES, SCIS y UDES, entre otros grupos. Pedían en ese Sim-

posio un gobierno de unidad nacional, unas elecciones libres siempre que en el proceso electoral "estén representados diversos sectores y no solamente un partido político"; aceptaban las reformas ya establecidas, aunque poniéndoles cortapisas sobre todo en el sector financiero. El Simposio se estimaba a sí mismo como representante del sector productivo "formado por más de un millón de empresarios, profesionales, ejecutivos, técnicos, empleados, obreros y otros trabajadores" (*La Prensa Gráfica*, 30 de julio, 1981, pp. 36-37). En septiembre del mismo año, el mismo sector tiene una nueva convención que llega a las siguientes conclusiones: 1) "mantener la unidad monolítica del sector productivo"; 2) actuar en la política nacional; 3) demandar igualdad de oportunidades para todos los partidos que vayan a elecciones; 4) rechazar componendas con los grupos opositores, a los que se culpa de los males del país; 5) repudiar el acuerdo de México y Francia en favor del carácter representativo del FMLN-FDR y en favor del diálogo; 6) exigir que en la etapa electoral no se realicen más reformas; 7) dar el más decidido apoyo a nuestras Fuerzas Armadas en su lucha contra el terrorismo y la subversión; 8) exigir respuesta del gobierno a sus anteriores demandas. (*El Diario de Hoy*, 2 de octubre, 1981, pp. 26-27).

Podríamos, entonces, caracterizar a la **Alianza Productiva** en la actual coyuntura con estos rasgos: a) esfuerzo por ampliar y fortalecer la unidad empresarial de modo monolítico, bajo la dirigencia última de los capitales más fuertes y de los empresarios más poderosos, cualesquiera sean los "agentes" que dan la cara; b) esfuerzo denodado por ganarse a la Fuerza Armada para su causa; c) intento por desplazar al PDC del poder, pues consideran a la democracia cristiana como un partido internacionalista y de clara tendencia anticapitalista y antiempresarial; d) intento de toma del poder para quienes defiendan mejor los intereses empresariales; e) rechazo total y busca de la aniquilación de quienes llaman subversivos y terroristas, sobre todo los encuadrados en el FMLN; f) no a la negociación y sí a las elecciones, en caso de que todos los partidos de derecha tengan las mismas oportunidades que el PDC; g) una gran actividad gremial para no dejarse arrebatar el poder político en las próximas elecciones.

De momento no parece que ni las medidas reformistas ni la crisis económica hayan hecho mella importante en el poder de los empresarios o en su voluntad de lucha. Si cabe, durante 1981

se ha apreciado un aumento en su combatividad pública y una clara apuesta en favor de su participación en el poder político. Esto significa que no ven las cosas desesperadas, que ni siquiera las ven en gran peligro ni por los ataques del FMLN ni por la mala situación económica. Con esta percepción es muy difícil que acepten la salida de las negociaciones, sobre todo si no llegan a cambiar la imagen que tienen de sus adversarios. Si ven mal los planes económicos del PDC, uno puede imaginarse cómo pueden ver los del FDR-FMLN. Mucho tendrían que cambiar las cosas en el campo militar, en el campo de la desesperación económica y en el campo de las relaciones mutuas para que las negociaciones fueran aceptadas gustosamente por el gran capital.

Algo diferente puede ser el caso del pequeño y mediano empresario. En El Salvador no se da tan claramente lo que se dio en Nicaragua, cuando el somocismo mostró toda su voracidad económica; no se ve un sector empresarial de relativa fuerza y audacia, que por razones económicas y políticas, quiera separarse del gran capital. Sin embargo, no son de desdeñar las antiguas querrelas entre FENAPES y ANEP, que podrían reavivarse precisamente por el empeoramiento de la situación económica. Hay desde luego fisuras en el sector empresarial y aunque en los momentos de peligro se ha impuesto la unidad bajo una línea dura que lejos de hacer concesiones responde con una gran violencia —recuérdense los hechos desatados contra la reforma agraria propiciada desde el poder en 1976— y con una reafirmación de la unidad bajo la hegemonía de los más duros, tampoco es imposible una división "natural", tal como se vio en los últimos tiempos de Romero. Hay intereses contrapuestos en el sector empresarial y, aunque la representación de la pequeña y mediana empresa no tiene en El Salvador la fuerza económica ni política que le correspondería, pudiera esta pequeña y mediana empresa poner sus ojos en otras fuerzas sociales con un plan político y económico más favorable para ella.

Hay que reconocer, sin embargo, que la política seguida por el FMLN con sus secuestros pasados, con sus huelgas revolucionarias, con su lenguaje incendiario, con sus programas económicos antiguos, con el sabotaje, con los ataques terroristas a pequeños comercios y a casas de empresarios, etc., en nada favorece la credibilidad de un proyecto nuevo, en el que realmente habría la decisión de dar al capital lo que es del capital, de dar al empresario lo que justamente

puede reclamar en las actuales circunstancias.

El sector capitalista salvadoreño que ha demostrado a veces grandes virtudes empresariales de iniciativa, audacia, trabajo y responsabilidad, se mantiene todavía atrasado o rezagado en su capacidad de análisis ideológico y político. No quiere abandonar sus viejos esquemas de interpretación y, menos aún, quiere reconocer sus viejos errores. Le es muy difícil dar el paso a una sociedad nueva en la que se den cauces realmente participativos y democráticos. Recordemos las mil y una resistencias que el capital salvadoreño ha puesto al movimiento sindical, especialmente en el campo; recordemos, como un ejemplo, el asesinato de Rodolfo Viera, el Presidente del ISTA, en uno de los hoteles más lujosos de San Salvador. En lo social y en lo político el capital salvadoreño quiere jugar con unas ventajas y unos márgenes de seguridad, que ya no son tolerables en una sociedad como la salvadoreña, que ha adquirido, sobre todo en los últimos tres años, una viva conciencia social y política. De enorme importancia sería un profundo y sereno debate ideológico, que rompiese prejuicios. ¿Cómo se puede seguir considerando como pro-comunistas a Carter, a White, a Duarte, a la Internacional Socialista, a los gobiernos de México y de Francia? ¿Cómo puede ser considerada como pro-comunista la doctrina de Medellín y de Puebla?

C. El aparato ideológico coyuntural no favorece en nada un avance político y una estrategia de reconciliación. Entendemos aquí por aparato ideológico coyuntural el de los medios de comunicación masivos, que van dirigiendo a la opinión pública día a día. Desde luego el aparato ideológico es de índole estructural, pero su funcionamiento cotidiano en los medios masivos tie-

ne en estos momentos un especial carácter coyuntural. Lo tratamos en este lugar, porque en su conjunto es un aparato puesto al servicio del capital: el gran capital es su dueño y su gerente y, como es obvio, lo pone a su servicio, aunque por la naturaleza del medio mismo se ve obligado a concesiones indirectas, que a veces no le son del todo favorables.

Los grandes periódicos, las radioemisoras —excluida la Radio Nacional al servicio del gobierno y de los varios y complejos intereses que se dan en el interior del gobierno— y la televisión comercial defienden los intereses y las tesis del capital. Su afecto sobre la opinión pública no puede menos de notarse. Se han arreglado para dar al país una gran sensación de normalidad y se las han arreglado para hacer de lo anormal, de lo inhumano, un aditivo más de la vida normal. Dividido el país por la guerra y la polarización en dos partes contrapuestas, los medios de comunicación comerciales están completamente al servicio de una de ellas sin hacer esfuerzos de objetividad y, mucho menos, de creatividad independiente. Están más a favor del capital que del PDC en el poder, y en ese sentido contribuyen a crear fisuras dentro del bloque derechista que se opone en su conjunto al FDR-FMLN. Los campos pagados, que es uno de los pocos lugares de discrepancia, son sumamente costosos y aun así no permiten que en ellos se haga presente el FMLN, condenado definitivamente como subversivo. Con todo aún se pueden ver protestas sindicales o de la Comisión de Derechos Humanos, que permiten avizorar la magnitud y la gravedad de la tragedia nacional.

La presión social, las bombas y el asesinato lograron terminar con pequeños reductos inde-

Cuando la coyuntura económica mundial es tan mala, cuando es tan grave la coyuntura económica centroamericana, como se ve en Costa Rica, Honduras y Nicaragua, la economía de guerra en la que cada vez más se mete El Salvador hace que la coyuntura no prometa más que nuevos agravamientos, nuevos sufrimientos para el pueblo, nuevas oscuridades para el futuro.

pendientes en la prensa y en la radio, amordazada ésta, además, por cadenas radiales y por la prohibición de tener noticieros propios. Dos pequeños periódicos desaparecieron y la YSAX de Monseñor Romero fue dinamitada. **Orientación**, el semanario de la Arquidiócesis, ha proseguido de manera desdibujada y un tanto pro-gobernista, una cierta tarea informativa, en la que a veces hasta se censuraban las palabras de la homilía de Mons. Rivera. Las publicaciones de la UCA procuran situarse en un plano de mayor objetividad y de análisis más profundo, pero su radio de lectores es cuantitativamente corto, aunque cualitativamente significativo.

La oposición sólo cuenta con **Radio Venceremos** como medio masivo de difusión. No es fácil determinar su audiencia, ya de por sí dificultada debido a la emisión en onda corta. Sus emisiones, además, van dirigidas en el tono y en los temas más a gente convencida que a gente por convencer. Puede que su esfuerzo mantenga vivo el esfuerzo revolucionario y despierte la esperanza del triunfo; puede que sea un arma importante de la guerra. Pero su eficacia para abrir espacios políticos de diálogo y negociación no es muy grande y aun puede ser contraproducente. Los antiguos sustos causados por las huelgas, las pintadas, las consignas vuelven a suscitarse. Menores tiempos de soflama y mayores de análisis objetivo y de información veraz, ayudarían más, si es que se quiere ir más allá del círculo revolucionario, aunque sin lugar a dudas la **Radio Venceremos** tiene todo el derecho de ser utilizada también de cara al sector revolucionario y en favor del él.

Pero el peso de los medios está en favor del capital y de las soluciones que propugne el capital y el poder. Esto refuerza grandemente la autoconvicción de quienes pertenecen al capital y al poder, hace sumamente difícil formarse un juicio objetivo, crítico e independiente y logra que la mayor parte de los lectores se formen una conciencia falsa de la situación. Los medios masivos en El Salvador no son independientes ni siquiera con esa independencia relativa de los grandes medios internacionales. Sólo los que se esfuerzan en tener acceso a éstos pueden hacerse otra idea de lo que realmente está ocurriendo en El Salvador; pero este esfuerzo es difícil que tenga éxito y es difícil que lo realicen muchos. La única esperanza es que las grandes decisiones no las toman muchos sino pocos.

El aparato ideológico funciona también por otras vías. Una de ellas, muy importante en la ac-

tual coyuntura, es la vía de la Iglesia, cuya incidencia coyuntural en la opinión privada y pública puede ser bastante significativa a la hora de enjuiciar la situación y a la hora de cambiar actitudes no cerradas. Otra es la de los maestros y profesores por lo que pudieran incidir coyunturalmente sobre la juventud, uno de los factores que, como veremos después, ha sido bastante decisivo en la revolución salvadoreña.

D. **Los sectores medios.** Como su nombre lo indica, no son un sector sino una unidad más o menos laxa de sectores. Por eso más que de sector medio se habla de sectores medios (cfr. Montes, S., "Los sectores medios en El Salvador: historia y perspectivas", ECA, agosto, 1981, pp. 753-772; Martín-Baró, I., "Aspiraciones del pequeño burgués salvadoreño", ib., pp. 773-788). En esos sectores medios con frecuencia lo determinante, más que la "medianía", es el modo como la desempeñan: si como intelectuales, profesionales, pequeños comerciantes, amas de casa, etc. Pero de todos modos es útil preguntarse sobre cómo se sienten y hacia dónde tiran los sectores medios de El Salvador. Montes considera que los sectores medios podrían abarcar un 15% de la población (l.c., p. 755), mientras que Martín-Baró estima que puede ser el 20% de la población, tomado como criterio el ingreso económico (l.c., p. 773).

En este apartado nosotros situamos, para mayor utilidad en el análisis político, a aquellos elementos de los sectores medios, que podrían incidir más en la actual coyuntura salvadoreña. Una coyuntura que por su propia naturaleza crispada y conflictiva deja poco lugar a la acción eficaz de los sectores medios. Ese 15 ó 20% pueden significar un porcentaje importante a la hora de las elecciones, pero tendrán poco peso a la hora de forzar una negociación y, menos aún, a la hora de apoyar una revolución. Siendo la importancia de estos sectores para la marcha de la nación mucho mayor de lo que es su número, esa importancia pierde efectividad en los momentos críticos de la lucha por el poder, pues no disponen ni del capital ni del ejército, antes bien el capital y el ejército disponen de ellos.

Pues bien, esa parte de los sectores medios que puede estar representada por los que ejercen una labor intelectual (profesores, maestros y catedráticos), una profesión liberal (en el caso de que ésta no les proporcione ganancias importantes), un empleo con el Estado o con la empresa privada nacional o internacional y trabajos asimilables a éstos, se encuentra en grandes dificul-

tades para emprender una actividad política contraria a la imperante. Puede suponerse que la mayor parte de profesionales afectos al FDR-FMLN o han dado ya el paso de una afiliación organizada o no pueden por el momento tomar iniciativas públicas a su favor. Sobre estos sectores pesa muchísimo tanto el peligro de perder la vida como el de perder el trabajo. En momentos en que es tan difícil mantener el empleo y en momentos en que la disidencia es perseguida tan bárbaramente no es dable esperar una actividad decisiva en este sector. En el mejor de los casos podría servir de catalizador por un lado y de correa de transmisión por otro. Analícese, por ejemplo, el comportamiento político y la efectividad política de los cinco mil empleados de la Universidad Nacional con sueldo y sin trabajo y se verá lo que significa y pesa realmente este sector medio.

Desde otro punto de vista puede enfocarse el problema. En un estudio experimental de Martín-Baró sobre actitudes en El Salvador ante una solución política a la guerra civil, la muestra tomada entre estudiantes universitarios puede servir de indicadora de estimaciones de sectores medios, aunque con la salvedad de que tienen los encuestados un carácter especial —no muy distorsionante en ese caso concreto— de ser estudiantes universitarios. Al preguntárseles sobre la mayor o menor justicia de la postura de distintas fuerzas sociales en el conflicto salvadoreño, nos encontramos que consideran como nada o poco justa —dos ítems distintos— la postura de la Fuerza Armada un 84.1%, la de la Junta un 77.9%, la de Alianza Productiva un 69.5% y la del FMLN un 60.2% y la del FDR un 50.4%. Quiere decir, aunque las cantidades no sean estrictamente sumables, que a favor del FMLN-FDR, al menos en estimación interior, estarían

claramente mayor número y proporción que a favor del conglomerado Fuerza Armada, Junta y Alianza Productiva. Esto no pasa de ser una cierta indicación de tendencias, que se confirma al constatar que por la mediación y/o negociación está un 51.5% mientras que por las elecciones, como solución del conflicto, estuviera tan sólo un 9.6%. Es posible que seis meses después, cuando ya ha cobrado cuerpo el movimiento de partidos y de elecciones, las cifras pudieran haber variado.

Pero el problema en este momento no es con quién se está más conforme sino qué se está dispuesto a hacer en favor de aquel con quien se está de acuerdo. Puede inferirse razonablemente que de momento nada más de lo que se está haciendo. Lo cual nos lleva a la conclusión de que nada significativamente nuevo puede esperarse de estos sectores medios, a no ser una creciente presión moral a favor del cese del conflicto por un proceso de negociación. Por otro lado —y esto es muy importante tanto para verificar el compromiso real con una solución popular y progresista como para iluminación de quienes quieren presentar una oferta apetecible a los sectores medios— otra encuesta de Martín-Baró muestra un nivel de aspiraciones en términos de salario y de comodidades bastante elevado, que si no llega a ofertarse y satisfacerse puede provocar el abandono por los sectores medios, especialmente por el sector de los profesionales de cualquier compromiso serio con un proyecto popular y ya no digamos con un proyecto revolucionario (cfr. ECA, agosto, 1981, pp. 773-788).

Desde otro punto de vista cabe subrayar que el FMLN se equivocó al obligar a los sectores profesionales a una radicalización excesiva y, sobre todo, excesivamente rápida en favor del proyecto revolucionario y, sobre todo, a una su-

La negociación no puede ser aceptable para la F.A., mientras suponga una destrucción de la institucionalidad y exija una muy cruda toma de cuentas de lo hecho en estos dos años de represión.

El estado de la guerra no fuerza a los militares a una negociación desventajosa para ellos.

La muerte de Monseñor Romero supuso un golpe tan grave que sus consecuencias apenas comienzan a ser superadas. Los sacerdotes asesinados, los que han tenido que abandonar el país, los que han tenido que dejar las parroquias rurales, los agentes de pastoral asesinados, encarcelados o dispersados... han dejado muy reducida la actividad de la Iglesia.

misión excesiva al mando político-militar. Así el MIPTES tuvo capacidad de enlazar en sus filas a los profesionales y técnicos de talante y compromiso revolucionarios, pero no ofreció el cauce adecuado para que un gran número de profesionales se organizaran autónomamente en una línea auténticamente democrática. Hoy es muy difícil corregir el error pasado, no sólo porque se quemó precipitadamente este espacio político sino porque se ahuyentó a muchos sectores medios, que en esa su "medianía" hubieran podido aportar una vía transitoria de solución. No parece hoy posible reiterar el mismo esquema, evitando los defectos cometidos. Más bien parece necesario buscar una vía nueva, que pueda llevar a ulteriores convergencias.

Quizá lo más importante que pueda esperarse de estos sectores medios es que se preparen y se dispongan a la reconstrucción nacional. Su aporte es más indispensable en esa fase que en la fase de la solución misma. Aunque una inteligente y programada preparación para la reconstrucción puede ir ya operando indirectamente para favorecer caminos de salida.

E. **La Iglesia** va recuperando poco a poco una posición propia, después de las grandes pérdidas sufridas en cuatro años de represión. La muerte de Monseñor Romero supuso un golpe tan grave que sus consecuencias apenas comienzan a ser superadas. Los sacerdotes asesinados, los que han tenido que abandonar el país, los que han tenido que dejar las parroquias rurales, los agentes de pastoral asesinados, encarcelados o dispersados... han dejado muy reducida la actividad de la Iglesia, sobre todo en su acción de cara al pueblo. Pero tras las muertes por los cuerpos de seguridad de las tres religiosas y la misionera laica norteamericanas en los primeros días de diciembre de 1980, los asesinatos de agentes cuali-

ficados de pastoral cesaron y se pasó la etapa de peligro extremo, aunque han seguido las restricciones en los medios de comunicación y los hostigamientos.

Esta nueva etapa, que puede considerarse como la de Monseñor Rivera, tiene características distintas a la de la etapa de Monseñor Romero. Es menos crítica de la Junta y de la Fuerza Armada así como de las fuerzas capitalistas y es mucho menos entusiasta de las posibilidades y de la naturaleza del FDR-FMLN. Es más realista o, al menos, más pragmática. Sigue denunciando excesos de ambas partes, pero sobre todo busca una solución en la línea del diálogo. Ninguna otra fuerza social, que trabaje pública y no clandestinamente en el interior del país, se ha atrevido tanto como la Iglesia a denunciar los crímenes de la Junta y de la Fuerza Armada y a disentir de que sean las elecciones sin más la solución de la crisis salvadoreña. Esto se debe especialmente a la Arquidiócesis de San Salvador y a Monseñor Rivera. Pero la estructura de la Iglesia salvadoreña respecto del conflicto es más compleja.

La Santa Sede no ha sido capaz de completar y renovar la jerarquía salvadoreña, aunque el nuevo Nuncio lleva ya prácticamente dos años al frente de los asuntos salvadoreños. Cualquier país centroamericano, aun los de menor número de habitantes, cuenta con más diócesis y más obispos que los de El Salvador, en la actualidad sólo cuatro. De estos cuatro, tres se alinean a favor de las posiciones de la Junta mientras atacan duramente al FDR-FMLN, aunque su credibilidad y su eficacia sea sensiblemente inferior a la de Mons. Rivera.

En cuanto a los agentes de pastoral cualificados —sacerdotes, religiosos y religiosas— las cosas han cambiado un tanto desde el asesinato de Monseñor Romero. Entonces podría decirse

que un 70% de los que pertenecían a la Arquidiócesis, donde se concentra el mayor número de ellos, estaban en la línea de Monseñor Romero, más en contra de las acciones de la Junta y más en favor de las posibilidades del FDR-FMLN; en el resto de las diócesis del país, la proporción era también alta, a pesar de que el resto de obispos, con excepción de Monseñor Rivera, contradecía públicamente las posiciones de Mons. Romero. Hoy podría decirse que más de la mitad de los agentes de pastoral estarían en la posición de Monseñor Rivera, más "imparcial o neutral" entre las dos partes en conflicto y francamente partidaria del diálogo entre ellas, con la nota bien significativa de pedir el cese de la ayuda militar norteamericana, aunque también la de Cuba y Nicaragua. Más inclinados al FDR-FMLN que a la Junta podría considerarse un 20 ó 25% y quizá una proporción semejante se inclinaría más a la Junta que al FDR-FMLN, aunque en la Arquidiócesis se concentrarían más los favorables al FDR-FMLN y, en las otras diócesis, los favorables a la Junta. Pero puede apreciarse una sólida mayoría creciente en torno a estos puntos: a) lograr el cese rápido del conflicto, sobre todo en lo que tiene de represión, pero también en lo que tiene de guerra propiamente tal; b) tomar en consideración a las dos partes en conflicto, pues ellas representan no sólo la causa inmediata de su continuación sino también las causas profundas de la confrontación; c) intentar y procurar que cuanto antes esas dos partes lleguen a un acuerdo mediante alguna forma de diálogo o negociación; d) desconfiar de las elecciones como si ellas pudieran constituir la solución o un paso fundamental en la solución, aunque no combatirlos; e) no aceptar intervención extranjera militar en los asuntos internos de El Salvador; f) denunciar cualquier abuso grave contra la vida y los derechos humanos fundamentales, sobre todo cuando afectan a los más pobres e indefensos.

Hay una pequeña parte de la Iglesia en El Salvador que mantiene posiciones estrictamente revolucionarias y subordinadas al FMLN a través de una de sus organizaciones político-militares, el FPL. Son los que constituyen la CO-NIP y que no representan el 5%. En tiempo de Monseñor Romero representaban, no sin tensiones, un elemento dinamizador y comprometedor dentro de la Iglesia jerárquica; representaban también, no sin polémicas, un ejemplo de dedicación a los más pobres, sobre todo a los organizados. Hoy las cosas han cambiado. La salida del país de casi todas sus cabezas visibles, su abando-

no en algunos casos de las actividades ministeriales, su parcialización en favor de una de las organizaciones y su práctica ruptura con toda la estructura jerárquica de la Iglesia, les ha quitado credibilidad y efectividad dentro de ella, haciéndoles perder una eficacia más universal, que con otra actitud y en otras condiciones podrían ser muy útiles para el compromiso de la Iglesia en su opción preferencial por los pobres. No representan ni siquiera a las comunidades de base, ni a la Iglesia popular, ni aun a todos los que dentro de la Iglesia ven como ideal que tomen la mayor cuota de poder posible quienes mejor representan los intereses de las mayorías populares; sólo representan a una parte de estas distintas instancias, representación que sería constructiva, si se dedicaran más a la unidad que a la división dentro de la natural libertad de opciones.

Parece probable que la Iglesia, especialmente la Iglesia de la Arquidiócesis y de Monseñor Rivera, apoyada por el Nuncio, pudiera desempeñar un papel cada vez mayor, a medida que se abandonan las soluciones puramente militares en favor de soluciones más políticas. Es claro que la unidad en torno a unos planteamientos claros permitiría que la Iglesia actuara con mayor eficacia. Por otro lado, un respaldo responsable, pero sólido, a la posición de Monseñor Rivera, cuya línea al principio indecisa va cobrando cada vez mayor consistencia, aumentaría la capacidad del obispo para actuar directamente con los distintos grupos protagonistas de la contienda y de la solución. Un análisis de la coyuntura parece mostrar que hacia esos puntos se va inclinando la mayoría eclesial. Y, sobre todo, las instancias más calificadas de la estructura eclesial. Sin embargo, el miedo al comunismo y el fantasma de Nicaragua, para no hablar ya del fantasma cubano, impide un avance claro, que tal vez podría acelerarse con el conocimiento exacto de las líneas generales, que el FMLN tiene ya preparadas para la negociación, según el anuncio hecho por la Comandancia a finales de diciembre (**Manifiesto de Comandancia General del FMLN**. Diciembre 20 de 1981).

F. No es fácil determinar en la actualidad la fuerza total del FDR-FMLN. Los hechos demuestran con palmaria evidencia que la Declaración Franco-Mexicana, cuando reconocía que el FMLN-FDR representaba una parte del pueblo salvadoreño, no hacía sino reconocer la realidad. Será difícil cuantificar esa representatividad, aunque no es difícil cualificarla, pero su presencia y potencialidad es innegable hasta obligar a

decir, por lo menos, que sin ellos el país resulta no sólo ingobernable sino inviable.

Ya hicimos antes el análisis coyuntural de su aspecto militar. Hay en ese aspecto un incesante crecimiento no sólo desde las ya lejanas fechas de 1970 sino desde la propia ofensiva de enero de 1981. Hoy ya se ha vuelto tópico reconocer que el FMLN cuenta con unos 5,000 hombres bien armados. Donde no se dan cifras es respecto de los milicianos, es decir, de aquellos miembros del FMLN, también armados aunque con instrumental menor y/o de fabricación local, dedicados más al sabotaje, a tareas de organización y de apoyo, a tareas de producción, etc. Anteriormente a la ofensiva de enero una sola organización daba números de milicianos en torno a los cien mil, aunque las maneras de contar son muy distintas en los diversos grupos. Sin embargo, no parece exagerado hablar de decenas de miles de milicianos, que difícilmente sobrepasarían en el conjunto de todas las organizaciones los cien mil, si es que se entiende con algún rigor el término de miliciano.

Otro concepto distinto es el de "organizado", es decir, de aquellos que no sólo han dado su nombre a una de las organizaciones político-militares sino que desempeñan dentro de ellas funciones precisas dentro de la más estricta disciplina. ¿Cuántos son éstos? La mayor parte de los que se manifestaron en enero de 1980 por las calles de San Salvador en número superior a los doscientos mil eran organizados, y no puede estimarse que todos los organizados en toda la República se manifestaron en aquella ocasión. Hay quienes opinan que de entonces acá ha disminuido el número de organizados. Aunque en la huelga primera de 1980 hubo una respuesta masiva, fue muy inferior la respuesta en la segunda, mientras que en la huelga de enero no participó más allá del 30% en las ciudades. La insurrección por su parte en las mismas fechas sólo movió unos pocos miles. Por otro lado tenemos los treinta mil muertos, que pueden ser considerados en su inmensa mayoría como organizados o, al menos, como simpatizantes, y lo mismo cabe decir de varios cientos de miles entre el medio millón de refugiados y desplazados, cifra que algunos aproximan hasta cerca del millón. Es cierto que las manifestaciones masivas de los organizados han dejado de darse, pero esto no significa que hayan dejado de darse los organizados. Para aceptarlo basta con recordar dos cosas fundamentales: una, que el FMLN ha cambiado de táctica durante todo el año 1981 poniendo el acento

en lo militar y abandonando la táctica de poner en movimiento público a las masas; otra, la terrible ola de represión que sería todavía más cruel y devastadora de lo que es actualmente en caso de movilización de masas. En sentido contrario, el hecho de que la guerrilla se mantenga tan activa y tan extendida por toda la República, el hecho de los permanentes y diversificados actos de hostigamiento y de sabotaje, muestran que hay un numeroso y sólido apoyo popular organizado, pues, si no lo hubiera, tal tipo de acciones militares y paramilitares sería imposible de llevar a cabo con un mínimo de seguridad. Por otro lado, aunque las zonas controladas dinámicamente por el FMLN no son de las más habitadas en El Salvador, representan sin embargo también una población importante. Todo ello permite concluir que puede hablarse de algunos cientos de miles de organizados y simpatizantes activos, que ponen en riesgo sus vidas para ayudar al FMLN y, en general, a la causa popular.

Numéricamente, por tanto, se trata de una fuerza muy grande, aunque repartida desigualmente en cinco organizaciones político-militares, que tanto en poderío militar como en organización de masas se diferencian a veces notablemente. No puede apreciarse hasta ahora que ese gran número haya disminuido, ni tampoco que su entusiasmo y moral revolucionaria hayan decrecido. Los casos de desertión presentados por COPREFA han sido mínimos y muy mal fundamentados; los casos de organizados que hayan aceptado sucesivas amnistías tampoco han podido representar un signo siquiera apreciable para poder hablar de una incipiente desmoralización. Al contrario, la moral combativa es muy grande y la colaboración activa sumamente eficaz.

El FDR por su parte, en lo que tiene de realmente independiente y de línea propia, se reduce al MNR y al MPSC. Su actividad ha sido y es de primera línea a la hora de conseguir apoyo internacional y a la hora de contribuir técnica y diplomáticamente a los planteamientos del FDR-FMLN. Su trabajo de masas en el interior del país es prácticamente nulo, tanto porque muchos de sus cuadros dirigentes se ven forzados a vivir en el exilio como por la anulación del espacio político para las fuerzas de oposición, por muy democráticas que sean. Al haber renunciado a las elecciones de marzo de 1982 no podrán aprovechar por el momento los márgenes de propaganda política, que les permitirían un crecimiento de afiliados. De momento son grupos minoritarios como minoritarios son el resto de los parti-

dos políticos en cuanto organizaciones efectivas, aunque a la hora de las elecciones podrían sacar un número apreciable de votos, si la izquierda, que ciertamente no va a votar por ninguno de los partidos derechistas, pudiera votar y ser votada.

Si difícil es al MNR y al MPSC la actividad política de masas, más difícil lo es al resto de organizaciones integradas nominalmente en el FDR, antes de la ofensiva de enero. La conjunción de dos condiciones: el cierre del espacio político por parte de las fuerzas de derecha y el traslado al ámbito estrictamente revolucionario y aun militar de los frentes de masas, han hecho que haya decaído mucho el movimiento de masas. Así los grupos estudiantiles ya no representan lo que venían representando y, por eso, se hace muy difícil incorporar actualmente a la oposición la fuerza de la juventud. Mucha juventud está con el FMLN; basta para comprobarlo ver la edad de los combatientes y ver también la edad de los cadáveres que aparecen cada día en los más inverosímiles rincones salvadoreños. Otra gran parte de la juventud salvadoreña va siendo incorporada por la fuerza al ejército salvadoreño en sus distintas unidades. Tampoco a los obreros les queda espacio político, pues los líderes sindicales o se han ido a la clandestinidad o están presos o están asesinados o desaparecidos. Hay, sin embargo, muchos elementos potenciales, que normalmente podrían ir con el FMLN, pero faltan cauces, tanto porque las propias organizaciones revolucionarias los cegaron precipitadamente, como porque las fuerzas de derecha lo impiden sistemáticamente: cierre de la Universidad Nacional, asesinato de maestros, cerco de los sindicatos, etc.

Puede, no obstante, descubrirse en algunos planteamientos del FDR-FMLN la necesidad de volver a recuperar a las masas con un lenguaje, un discurso y una práctica mucho menos precipitados y mucho menos radicales. Es el comienzo del reconocimiento de equivocaciones pasadas, donde no se aceptó la autonomía del sector democrático y donde se pretendió jugar todo a una sola carta, como si todo dependiera de un embate final; donde no se reflexionó adecuadamente sobre las dificultades objetivas, internas y externas, ni sobre el poder de las fuerzas adversarias. Hoy será difícil rehacer lo que se perdió y será menester reemprender la tarea por otros caminos, que permitan a las fuerzas democráticas y a los movimientos de masas proceder conforme a su propia naturaleza y a su propio estilo.

Junto a esta deficiencia que hacen práctica-

mente imposibles medidas como la huelga general o el levantamiento insurreccional generalizado, hay otros puntos que se presentan como graves para la ulterior actividad del FMLN.

Está, ante todo, la falta de unidad entre las organizaciones político-militares. Para nadie es un secreto las tremendas rivalidades, que en el pasado y hasta finales de 1979 se daban entre ellas o entre algunas de ellas. Pareció que distintos pasos en dirección a la unidad podrían conducir a lograrla, al menos a finales de 1980, cuando ya estaba pronta la ofensiva general. Algo se logró, pero del todo insuficiente. El movimiento revolucionario salvadoreño tendrá que arrepentirse y ser juzgado severamente desde este punto de vista: los tremendos impedimentos y el incremento de costos humanos que ha supuesto y sigue suponiendo la división entre los distintos grupos. La pluralidad y diversidad pudieron traer bienes importantes, pero la falta de unidad ha traído males mayores. Se multiplican por cinco los aparatos organizativos con un trágico dispendio de recursos; se retrasan las medidas de conjunto en discusiones interminables, que si tienen la ventaja de la clarificación ideológica y de la maduración de las propuestas, tienen la desventaja de la lentitud y de la ineffectividad; se hace casi imposible un único accionar militar, que pudiera demostrar la fuerza del FMLN, que nunca ha podido mostrarse en conjunto, ni siquiera sólidamente coordinada... En definitiva se corre el peligro de mirar más por la propia organización que por la revolución misma y, no se diga ya, por el pueblo. Con facilidad se llega a la convicción de que lo que es bueno para la organización es sin más bueno para la revolución y para el pueblo. No hay duda de que esta falta de unidad dificulta gravemente la marcha y parece improbable todavía en la actual coyuntura que este inveterado problema tenga solución satisfactoria a corto plazo, aunque puedan vislumbrarse mejoras ocasionales e incluso puedan preverse medidas drásticas.

Está, en segundo lugar, el posible cansancio del pueblo. Hay múltiples síntomas de que la mayor parte del pueblo salvadoreño está cansado de la actual situación. Ese pueblo tiene sus preferencias. Pero esas preferencias van quedando en segundo plano ante la necesidad cada vez más sentida de que se resuelvan sus necesidades y angustias más fundamentales. Está el peligro de ser víctima de la represión; está, sobre todo en el campo, el peligro de enfrentamientos incesantes y de venganzas sin término; está la falta de traba-

Hay que reconocer, que la política seguida por el FMLN con sus secuestros pasados, con sus huelgas revolucionarias, con su lenguaje incendiario, con sus programas económicos antiguos, con el sabotaje, con los ataques terroristas a pequeños comercios y a casas de empresarios, en nada favorece la credibilidad de un proyecto nuevo, en el que realmente habría la decisión de dar al capital lo que es del capital, de dar al empresario lo que justamente puede reclamar en las actuales circunstancias.

jo; está el encarecimiento de la vida; está la necesidad de desplazarse y aun de huir al extranjero; está la guerra, la emboscada, el sabotaje... De todo esto ha habido demasiado durante 1981. Y el pueblo está cansado y se va a plegar a quien le ofrezca pronta solución, por más que esa solución no sea la que más le hubiera gustado. Pero esto que ocurre con el pueblo en general, puede empezar a ocurrir con el pueblo organizado. Ya se ha dicho más arriba que no hay todavía pruebas manifiestas de que esto haya empezado a ocurrir, pero la represión, de la cual muchas veces no les pueden librar sus dirigentes; la falta de horizonte que ilumine la posibilidad de una salida pronta; el desgaste que trae la falta de alimentación, de medicinas; los continuos operativos militares... todo ello puede empezar a causar su efecto de cansancio. Es cierto que está, por otro lado, la convicción de que si no resisten y no se organizan serán acabados y que más vale morir en la lucha que de noche y torturado; la cólera que puede suscitar la sangre de tanto familiar asesinado, violado, torturado; la conciencia política que sabe interpretar los sufrimientos y también los avances victoriosos... Pero, a la hora de recontar los muertos, también pensarán que apenas caen los guerrilleros, mientras caen a centenares los organizados de a pie.

Está también el posible cansancio de la solidaridad internacional, de donde fluyen tantos recursos económicos para la lucha salvadoreña. Esa solidaridad ha sido generosísima. Por muchos países de América y de Europa se multipli-

can los comités de solidaridad, que no se contentan con un apoyo político sino que se esfuerzan por dar apoyo económico. Son cientos de miles de dólares los que estos grupos recogen. Pero es difícil que esto se mantenga indefinidamente, sobre todo en términos económicos, si es que la situación se prolonga y no se ven resultados nuevos.

Las tres dificultades no son todavía mortales, pero pueden llegar a serlo. Es cierto que afectan también a la otra parte en conflicto; en ella se dan también graves problemas de unidad, respecto de ella también se incrementa el cansancio por tanta muerte y tanta inefectividad y también a ella pueden faltarle recursos económicos, si no para seguir la guerra, si para salvar la economía y para poder dar trabajo a tantos miles de salvadoreños parados. Pero los "padrinos" de la actual Junta cuentan con muchas mayores facilidades para superar esas dificultades materiales. Por todo ello puede decirse que la situación no es crítica, que cuenta todavía el FMLN-FDR con recursos que incluso le pueden permitir avances significativos. Pero también debe decirse que no se puede contar con un lapso de tiempo indefinido con la esperanza de que mejoren las condiciones, ni se puede jugar con la idea de que la prolongación del conflicto favorezca sus planes más radicales. No parece ser así ni en lo militar ni en lo político.

E. Los sectores obreros tanto del campo como de la ciudad no ofrecen un panorama uniforme.

Están, por un lado, los muy numerosos trabajadores para quienes la vida y el trabajo son opciones primeras. Y la vida y el trabajo son dos cosas que se pueden perder muy fácilmente a poco que se muestre simpatía activa por el FMLN-FDR. Hay que partir del supuesto de que en esta actitud está la mayor parte del sector trabajador. La represión va muy directamente dirigida contra ellos, sobre todo contra los trabajadores del campo, que, por serlo y si no demuestran fehacientemente lo contrario, las fuerzas de derecha los consideran como simpatizantes y colaboradores actuales o potenciales del FMLN. Esto que, por un lado, supone confesión de parte sobre con quién está real y profundamente el trabajador salvadoreño, supone, por otro, una enorme dificultad para traducir activamente sus simpatías y preferencias. El empeoramiento económico puede afectar a este sector, pero sólo a aquellos de sus miembros que de aquí en adelante se vean sin trabajo y sin modo de supervivencia; no a los que ya están en paro ni menos a los que aún conservan el trabajo. Hay que asumir, además, por lo que toca a la actual coyuntura, que en estos meses de cosecha se sienta un cierto alivio en este sector de la población, que contará con recursos con los que no ha podido contar durante los últimos meses. Es un sector que desea la paz, el cese de la represión, la libertad sindical y que fácilmente podría situarse a favor de la negociación, pero que no tendrá mayor dificultad en acercarse a las urnas a poco que se sienta presionado, a poco que vea en peligro sus valores fundamentales: la vida y el trabajo.

Está, en segundo lugar, aquel sector trabajador, que de una u otra forma está organizado, pero no en torno a las organizaciones revolucionarias. Son los que han constituido la UPD (Unidad Popular Democrática) y que aglutinan a grupos importantes de trabajadores de la ciudad y del campo, tales como la UCS (Unión Comunal Salvadoreña), la CTS (Central de Trabajadores Salvadoreños), la CCS (Central de Campesinos Salvadoreños) y otras organizaciones gremiales y sindicales. Desde luego no son fuerzas directamente revolucionarias, que hagan de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado su arma y pretensión fundamental. Tienen cara más reivindicativa que política y son impulsados por fuerzas relativamente progresistas para lo que se estima en El Salvador, pero con claro matiz anti-comunista. Hostigados durante los últimos años por el sector obrero revolucionario se han distanciado claramente de éste, aunque su talante rei-

vindicativo y la represión que también les ha afectado los sitúa en una interesante posición por su fuerza potencial y por su carácter intermedio. Sus posturas públicas son interesantes tanto por lo que son ellos mismos como porque es posible que puedan ser vehículo de ida y vuelta respecto, si no directamente de la administración Reagan, sí de ciertas fuerzas norteamericanas, que pudieran estar de acuerdo con los términos de una negociación planteada en términos abiertos, muy aceptables para la propia UPD y para sus aliados en el extranjero. El primero de septiembre de 1981 lanzó la UPD un Mensaje al pueblo salvadoreño y a los trabajadores del mundo (ECA, agosto, 1981, pp. 815-816), en el que adopta ciertamente el esquema de interpretación juntista y norteamericano de condena a "las dos extremas", pero en el que, sin embargo, se opone al proceso electoral por tener vicios estructurales, ser impuesto desde fuera y carecer de realismo; en el que reitera su no compromiso con la actual Junta, partidos políticos o sectores de extrema y estar en contra de la intromisión de las superpotencias; en el que demanda el cese del abuso de poder de las fuerzas de seguridad, principalmente de los grupos de defensa civil y el juicio a los culpables. Ya antes en el mes de marzo se había definido por una solución política y no militar, cuyo elemento fundamental fuera el diálogo entre las partes en conflicto, para el cual proponían algunas condiciones como la reestructuración de los cuerpos de seguridad, la investigación de todos los casos de desaparecidos y de asesinados políticos, enérgica acción contra todo grupo paramilitar responsable de innumerables asesinatos de ciudadanos indefensos, entre otras (ECA, marzo, 1981, pp. 270-271).

Está, finalmente, el sector trabajador que es parte del FDR-FMLN y que sigue en la brecha de la lucha sindical. Tal es el caso de FENASTRAS, la otrora poderosa federación sindical no sólo en cuanto aparato sindical sino también por sus afiliados combativos. Igualmente la Federación Sindical Revolucionaria. Ultimamente vuelven a salir con frecuencia comunicados públicos de los sindicatos, STIMMES, Sindicato de la Industria Eléctrica de El Salvador, Si-Café, STITTAS, que se declaran públicamente contra el proceso electoral. En esta misma línea habría que colocar a los trabajadores de la cultura, que organizados en la tradicional ANDES siguen su lucha con enormes dificultades.

No hay duda, por tanto, que en este sector laboral hay un conjunto de fuerzas diversas, que

en sí mismas son muy importantes para intervenir en la solución del conflicto, pero cuya operatividad y eficacia inmediatas no son muy grandes. Su arma principal sería la convocatoria de una huelga general, pero es un arma de muy difícil utilización en las circunstancias actuales. El tercero de los grupos apuntados podría promoverla, pero el seguimiento de su llamado sería muy escaso.

Es la UPD quien mayores potencialidades tiene en la coyuntura actual no tanto para resolver el problema cuanto para poner su peso en favor de un grupo o de otro, de una solución o de otra. Se ha hablado de acercamiento de UPD tanto a AD como al PDC; podría también acercarse al MNR o al MPSC, en caso de que éstos entrasen en un futuro a un juego abierto dentro del país. ¿Se plegará de momento al proceso electoral o mantendrá su rechazo del mismo como ilógico e impuesto a la fuerza? ¿Se abrirá a un diálogo previo con el FDR para poder impulsar el proceso de diálogo propuesto por ella, que pudiera terminar en negociación? Quizá no todas las organizaciones agrupadas hoy en UPD tengan la misma respuesta práctica a estas preguntas. Pero para avanzar en el proceso sería muy necesario que los sindicatos revolucionarios hicieran una autocrítica de su comportamiento con los otros sindicatos e iniciaran un tipo de relaciones y compromisos, que dieran credibilidad a una negociación, en la que uno de los puntos ha de ser todo el conjunto del régimen laboral y, dentro de él, el problema del pluralismo sindical. No puede darse sin más por evidente que todo el pueblo trabajador está con el FMLN o que al pueblo trabajador no le queda más tarea que plegarse a las directrices revolucionarias de lucha del FMLN. La realidad del proceso ha demostrado otra cosa y es a esa realidad a la que hay que atender.

F. ¿Y el pueblo qué? Muchos observadores políticos, sobre todo occidentales y democráticos preguntan por lo que quiere el pueblo, la mayoría de la población. En los anteriores apartados hemos recorrido distintos espacios sociales, dentro de los cuales está una gran parte de la población. También nos hemos referido, aunque de manera indirecta, a aquellos amplios sectores de población, que se mantienen en relación orgánica con el poder, ya sea desde ORDEN, ya sea desde las patrullas civiles y los grupos paramilitares: son también muchos y están perfectamente organizados. Es claro que estos grupos están en la línea de sus amos y a su completo servicio; fá-

cilmente superan los cien mil, que con sus familiares y allegados más o menos comprometidos en las mismas tareas, representan una parte significativa de la población, sobre todo una parte significativa en el conflicto.

Queda, sin duda, un resto grande de población, cuyo deseo fundamental es la paz, cualquier paz que le asegure la vida, la tranquilidad y algún trabajo. Son gente que lo mismo podría ir a votar que a hacer otra cosa distinta, si no le costase demasiado; son gente que ha de tenerse muy en cuenta a la hora de las soluciones realistas del país, pero no son gente beligerante y por eso pesan poco —voten o no voten— en la actual coyuntura del país, que se define precisamente por su beligerancia y polarización. Voces autorizadas como la de Monseñor Rivera, han dicho en alguna ocasión, que si se consultase a este tipo de gente respondería en favor de la negociación. Y es claro que efectivamente es una salida negociada la que le resultaría más favorable a esta mayoría, precisamente por lo que la negociación tiene de salida rápida y de salida pactada y aceptada. Pero precisamente sobre eso no se le va a preguntar en el proceso electoral.

G. Una palabra sobre el poder paralelo, responsable en parte de la represión. Muchos de los treinta mil muertos son atribuibles directamente a acciones comprobadas de la Fuerza Armada y de los cuerpos de seguridad, y también a fuerzas paramilitares en conexión con las fuerzas estrictamente militares. Pero algún sentido tiene la afirmación de los gobernantes, cuando hablan de una violencia o de un terrorismo de la derecha, de la extrema derecha, como el causante de muchas de las víctimas, especialmente de aquellas que aparecen bárbaramente mutiladas y torturadas. Se dan organizaciones como los escuadrones de la muerte y similares, que constituyen un factor importante en la coyuntura actual. Si la represión es una de las características fundamentales de la coyuntura salvadoreña, sobre todo en los dos últimos años, los que están detrás de ella, han de considerarse también parte importante de la misma.

Es claro que no puede hacerse una separación tajante entre este poder paralelo, responsable parcial de la represión, y los distintos poderes del Estado. Hay toda una serie de argumentos para probarlo: la represión que ejercen los poderes del Estado de manera comprobada y que se dirige en general al mismo género de personas que la otra represión; la absoluta y total impunidad con que por lo general actúan los respon-

sables de la represión terrorista de derechas; la comprobación —reconocida por las propias autoridades— de la participación de elementos de los cuerpos de seguridad en asesinatos como el de las religiosas norteamericanas; el seguimiento y la obediencia conjuntos a algunas directrices, que prohíben, al menos durante 1981, dar muerte a elementos cualificados de la Iglesia, intelectuales, políticos y, en general, víctimas que puedan causar problema con Estados Unidos...

Pero tampoco puede hablarse de una identidad total o, al menos, no es posible negar que grupos terroristas de extrema derecha tengan una cierta autonomía, que no queda absoluta y jerárquicamente dirigida por el poder oficial. Claro está que no hay un poder oficial monolítico. Y así tenemos que la Junta no dirige ni la cuestión de la guerra ni la cuestión de la represión. No sólo está para probarlo la muerte de los alcaldes demócratacristianos sino la incapacidad de Duarte y Morales Ehrlich para impedir o castigar violaciones evidentes de la vida y de los derechos fundamentales. Esas líneas van dirigidas por otros poderes dentro del aparato del Estado, que permiten hablar de un gobierno paralelo, como tantas veces lo denunciaba Monseñor Romero. Por otro lado, está el argumento ya viejo de los demócratacristianos para permanecer en un poder responsable de la represión, según el cual las cosas irían peor, si ellos abandonaran el gobierno. Pero, a pesar de esta multiplicidad de poderes dentro del Estado, es presumible que una parte del movimiento represivo es impulsado desde fuera del Estado, aunque con permisividad de éste, una permisividad que le permite actuar con gran tranquilidad.

En la actual coyuntura hay carta abierta para toda aquella forma de represión que pueda justificarse directa o indirectamente como lucha contra la guerrilla y sus colaboradores. Las víctimas son en su inmensa mayor parte gente joven del campo y de la ciudad de baja extracción social. Aun respecto de ellas se habría notado en los dos últimos meses una baja en el número de víctimas —si es que no contamos entre ellas a los cientos de muertos que, entre la población civil, han causado las últimas ofensivas militares, sobre todo las de Cabañas y Morazán—, aunque ha aumentado el número de desaparecidos y se empieza a vislumbrar una nueva política informativa, que ya no busca el aterrorizar sino el dar sensación de normalidad.

Pero durante 1981 ha cambiado la tónica de la represión respecto de aquellas víctimas que pu-

dieran causar revuelo internacional y que pudieran dificultar la ayuda militar norteamericana. Si comparamos los últimos meses de 1980, en los que entre otros fueron asesinados el Rector de la Universidad Nacional, los dirigentes del FDR, las religiosas norteamericanas, etc., con lo ocurrido en 1981, cuando ya queda definida la necesidad de la ayuda militar norteamericana y el proyecto de la administración Reagan para El Salvador, el contraste es manifiesto. Han aumentado las víctimas populares, pero han desaparecido casi totalmente las víctimas cualificadas. Esto, como decíamos, prueba hasta cierto punto la unidad estratégica en la dirección de la represión, pero no deja de ser un hecho. Es posible que no sólo los poderes del Estado, sino también el poder paralelo hayan comprendido que hay límites internacionales a la barbarie de la represión y hayan hecho sus propias reflexiones sobre costos y beneficios. La necesidad de favorecer el proceso electoral ha ido trayendo también un cierto cambio de táctica en la misma línea.

4. Análisis de la coyuntura política.

El somero análisis de la coyuntura militar y de las características fundamentales de la coyuntura social muestran la urgencia y la necesidad de una solución para el país. Puede decirse que la percepción de esta necesidad y de esta urgencia se va convirtiendo en una variable creciente tanto en el orden interno como en el orden internacional. Pero el análisis, también somero, de las distintas fuerzas sociales, que están actuando vigorosamente en el país con sus intereses contrapuestos y, sobre todo, con subjetividades tan encontradas, muestran hasta qué punto es difícil dar con el comienzo siquiera de esa solución definitiva. Cerrada a corto plazo la efectividad de una solución puramente militar, nos encontramos con la enorme dificultad de buscar el modo de iniciar una salida, en la que se dé una cierta coincidencia entre las dos partes hoy en abierto conflicto total y en la que las demás fuerzas sociales puedan estar de acuerdo.

De momento no se da esa coincidencia. Pudiera pensarse que alguna se da, por cuanto ambas partes hablan de una solución política y así lo hacen también los aliados internacionales de cada una de ellas. Y hay que admitir que esto supone algún grado de coincidencia sobre las dificultades de una prolongación del conflicto y las dificultades añadidas de la prolongación militar del mismo. En el fondo, la Junta, los militares y

USA siguen convencidos de que es necesario aplastar militarmente la potencialidad armada de la izquierda para poder garantizar la solución política que ellos proyectan para El Salvador, y ven esta posibilidad al alcance de sus fuerzas, por más que piensen que la lucha pueda durar todavía algunos años. También el FMLN piensa que sin su propio respaldo militar, sus razones y sus masas poco tendrían que hacer a la hora de impulsar un proyecto, que tantas vidas humanas ha costado ya. La coincidencia, por tanto, es más aparente que real.

Esta divergencia aparece claramente a la hora de proponer el paso fundamental que debería darse en este momento para salir de la situación en la que está El Salvador. Unos proponen las elecciones y otros proponen la negociación. Son los dos factores que junto con los partidos y el gobierno constituyen los elementos definitorios de la coyuntura política. Las elecciones y la negociación son ya propuestas antiguas y se han ofrecido hasta ahora como excluyentes, pero ambas propuestas han entrado en una nueva fase, que conviene analizar cuidadosamente como posible inflexión de la coyuntura.

4.1. Las elecciones y sus sustentadores.

A medida que se va acercando el mes de marzo, fecha prometida para las elecciones, éstas van cobrando cada vez mayor cuerpo y van ocupando una buena parte del panorama político de El Salvador. Este crecimiento puede considerarse que será cada vez más rápido y extenso, de suerte que los próximos meses van a estar ocupados políticamente por las elecciones. De la promesa de una solución política a través de elecciones se está pasando a la realidad de un proceso electoral. Varios partidos políticos y varias fuerzas sociales han tomado como centro de su actuación y como vía propia hacia el poder el camino de las elecciones.

4.1.1. Naturaleza y perspectivas del proceso electoral.

A nadie se le oculta que el proceso electoral está sembrado de dificultades. Y, sin embargo, Estados Unidos, la OEA, la Junta de Gobierno, la Fuerza Armada, el capital salvadoreño y los partidos políticos de derecha se aprestan a afrontar esas dificultades con la esperanza de que los beneficios serán mayores que los costos.

Las dificultades son evidentes. La izquierda, parte fundamental en el conflicto y, por tanto, en la solución, no va a elecciones. En las elecciones no se pone en juego el poder político real del país, pues éste sigue en manos de la Fuerza Armada, que además se ha propuesto no votar. El país entero está en guerra civil, aterrorizado por treinta mil víctimas de la represión, azotado por el desplazamiento y/o exilio de cerca de medio millón de personas. Sigue el Estado de Sitio con lo que se hace extraordinariamente difícil la propaganda política, incluso de los partidos de derecha, que han de refugiarse en los medios de comunicación para hacer su propaganda. No hay registro electoral y se presume que cualquiera que pueda presentar una cédula de identidad está en el registro y puede votar en cualquier urna de su departamento, aunque algunos temen que la pintada del dedo no sea impedimento para votar cuantas veces se quiera. El Consejo Central de Elecciones ya ha sido tachado por los partidos opositores como oficialista y favorecedor de la Democracia Cristiana. No se ha hecho caso al Foro Interpartidario, convocado para lograr acuerdos en torno a la ley electoral y al proceso de las elecciones...

Pero a pesar de estas gravísimas dificultades, el proceso electoral avanza. Estados Unidos lo respalda plenamente y aun logró para las elecciones salvadoreñas un respaldo matizado de la OEA. El capital y la derecha salvadoreña lo han aceptado por ahora al menos, a pesar de verse en

Esta divergencia aparece claramente a la hora de proponer el paso fundamental que debería darse en este momento para salir de la situación en la que está El Salvador. Unos proponen las elecciones y otros proponen la negociación.

desventaja con el partido que hoy domina puestos importantes de la administración. Y lo ha aceptado también la Fuerza Armada. Lo han aceptado los medios de comunicación y se ha lanzado una inmensa propaganda para que lo acepte también la población. Ha resultado hasta ahora una buena salida para el difícil problema de oponer algo a la negociación ofrecida por el FDR-FMLN, algo que tenga cara de solución política democrática.

Algo positivo deben esperar los promotores y aceptadores de la solución electoral, cuando no han hecho caso de las dificultades, que pueden llegar a invalidar el proceso y se han afrontado los costos que el proceso puede acarrear. ¿Cuáles son, entonces, los beneficios, las ventajas y las perspectivas que se esperan del proceso electoral?

Ante todo, las elecciones permiten al gobierno de Duarte y a la Junta actual tomar la iniciativa política. En este punto su éxito ha sido hasta ahora importante. Tanto internacionalmente como en el interior de las fuerzas derechistas del país se ha impuesto la solución de las elecciones y, en ese sentido, la propuesta del gobierno. La Democracia Cristiana, bien que con el respaldo de Estados Unidos, ha salido con la suya. En segundo lugar, se intenta legitimar el proceso seguido durante estos dos últimos años y se busca dar continuidad al mismo, logrando así una "normalización", que avance hacia nuevas etapas. En tercer lugar, se pretende ganar una credibilidad, sobre todo internacional, que acalle las protestas y amortigüe las presiones que se hacen contra Estados Unidos y contra la Junta para que entre en diálogo con el FMLN-FDR; se habría abierto con las elecciones un proceso democrático, muy estimado por las potencias democráticas, y habría sido el FDR-FMLN quien lo habría rechazado. En cuarto lugar, se le ofrece a la población salvadoreña una gran prueba de normalidad democrática y una nueva promesa que pueda levantar su ánimo cívico tan decaído. En quinto lugar, se reforzaría el poder de los civiles triunfantes, quienes podrían controlar con mayor autoridad los abusos de la Fuerza Armada, siempre en el supuesto de que los civiles triunfadores seguirían con el mismo propósito de acabar con los subversivos.

Pero todas estas razones, válidas en sí mismas, no parecen ser la razón principal ni apuntan al objetivo fundamental. Si examinamos lo que se ha seguido haciendo en el país, aun después de anunciado el proceso electoral y aun después de haberlo puesto en marcha; si reflexionamos en el

hecho de que el proceso electoral no ha hecho sino comenzar y que no va a terminar antes de 1983, podemos llegar juiciosamente a la conclusión de que lo pretendido últimamente por Estados Unidos es ganar un tiempo político, que le permita seguir aplicando su remedio principal: el de la prolongación y acrecentamiento de la lucha militar. En efecto, la llamada a elecciones no ha supuesto el cese de las actividades militares ni el cambio de estilo en las mismas; al contrario, se han intensificado las ofensivas sobre las zonas controladas por el FMLN con muertes masivas de población civil, que según las últimas denuncias de Morazán no habrían bajo de mil víctimas. Igualmente la llamada a elecciones no ha supuesto una baja en la represión de la población civil. Esto quiere decir que en lo fundamental las cosas van a seguir igual después de las elecciones. Por parte de la Junta y del proyecto norteamericano se espera que las elecciones legitimen lo que ahora se está haciendo sin legitimidad y "a espaldas del pueblo": una tremenda guerra y una todavía más tremenda represión.

Y, sin embargo, las elecciones pueden salirles mal, esto es, no conforme a sus planes. Dicho en otros términos, las elecciones pueden causar efectos secundarios, que desvíen el propósito principal. Algunos ya se están notando. Uno de ellos y muy importante es el divisionismo entre las fuerzas de derecha, que puede llevar también al divisionismo del capital y de la Fuerza Armada: la incipiente propaganda de los partidos políticos supone un ataque permanente contra la Democracia Cristiana y pocas dudas caben de que es la carta de la Democracia Cristiana la que está jugando de momento Estados Unidos; claro que es una carta cambiante, pero en el juego del cambio pueden ocurrir acciones imprevistas. Otro es el riesgo de que fracase el proceso electoral: la excesiva ambición por parte del partido en el poder podría llevar a que se retiraran de la contienda electoral algunos de los partidos; podría darse la acusación de fraude electoral, antes, en y después de las elecciones; podrían los observadores y analistas darse cuenta de que no hay condiciones para la elección en El Salvador, con lo cual su juicio moral invalidaría el proceso; podría darse un abstencionismo tan notable que las elecciones perdieran toda significatividad para el fin que con ellas se pretende; podría darse un tal endurecimiento de la guerra que el mismo proceso electoral en su materialidad quedara muy dificultado.

Por todo ello hay que prestar una gran aten-

ción al proceso electoral. Durante los primeros tres meses de 1982 va a estar en el primer plano de la actualidad política. Hay que examinarlo con objetividad y sacar de él las consecuencias lógicas. Se puede decir de antemano que no son la solución justa del problema, cualesquiera sean sus resultados. Pero no se puede negar que constituyan un hecho político importante que puede tener influjo grande sobre el curso de los acontecimientos. En caso de llegar a realizarse el proceso electoral hasta el final y en caso de que se llegaran a las urnas un cincuenta por ciento de los electores posibles, habría que tomar muy en cuenta sus resultados. Quizá no valgan como resultados de unas elecciones, pero siempre valdrán como resultados de una encuesta *sui generis*.

4.1.2. Los contendientes en las elecciones.

Es claro ya que en este proceso electoral no van a participar los partidos de izquierda y, menos aún, el FDR-FMLN en forma alguna. Esto les priva de momento de utilizar la palestra electoral para hacer presentes sus puntos de vista y para ampliar su clientela. Pero consideran que la naturaleza misma de las elecciones propuestas no sólo no son la solución racional y justa del conflicto actual pero ni siquiera pueden estimarse como elecciones democráticas, minimamente garantizadas. Recuerdan además cómo sus líderes fueron calificados de terroristas y subversivos en la malhadada lista de COPREFA, con lo que esto puede significar de peligro a sus vidas y a la de sus correligionarios. Quedan, por tanto, en liza desigual los partidos de la derecha o, como reconocía un oficial del Consejo Central de Elecciones, desde el centro a la derecha. La verdad es que del centro a la extrema derecha.

A. Está, ante todo, el partido en el poder, el PDC, que espera ser el triunfador. Desde el punto de vista del manejo del poder, el PDC y, singularmente Duarte, ha sido un hábil y duro hombre político. Puede estarse en desacuerdo con él desde un punto de vista ético, pero se ha manejado con habilidad, primero para granjearse el apoyo total de Estados Unidos, de la Democracia Cristiana, especialmente de la latinoamericana, y de Herrera Campins. Nunca en la historia del país se ha vivido un período tan largo, que haya sido tan tenebroso y tan trágico. Pero distintas fuerzas que lo han intentado no han logrado retirarlo del poder. Manejó bien el peligro de Majano, manejó bien los distintos gol-

pes militares que le amenazaron, manejó bien las presiones del capital... con cuántas inconfesables concesiones la historia lo dirá. Lo que este partido y su jefe natural, Duarte, pueden ofrecer, ya es sabido. Seguirán haciendo lo que han hecho hasta ahora: consolidarán las reformas sin llevarlas a sus últimos términos, continuarán la guerra, no pondrán obstáculos decisivos a la represión, trabajarán para que se den las elecciones de 1983 y para ganarlas. Por eso es muy difícil que, en caso de triunfo, acepten el camino ulterior de la negociación, aunque podrían llegar a diálogos en vistas a preparar las siguientes elecciones. En caso de ser la Democracia Cristiana desplazada del poder por lo que ello juzgaría fraude electoral o por un golpe de Estado, podría reconsiderar su situación en el mapa político salvadoreño. La Democracia Cristiana se gloriará de haber comenzado las reformas y de haber llevado al país a unas elecciones libres. Pero los otros partidos le recordarán que nunca la violencia y la violación de los derechos humanos habían alcanzado en el país tal gravedad, que la situación económica va cada día peor y que nunca se había dado una sumisión de El Salvador a Estados Unidos, como la que se está dando bajo el gobierno de la Democracia Cristiana.

B. **Acción Democrática** es otra de las fuerzas políticas, cuya participación en las elecciones puede ser interesante, si es que se decide a hacerlo. Trata de entroncar, a través de algunos de sus dirigentes, con movimientos reformistas pasados. Puede representar los planteamientos de un cierto capital progresista, de un empresariado agresivo y de algunos profesionales cualificados; tal vez también la posición de un cierto número de militares institucionalistas. Sus vínculos, sin embargo, con la Alianza Productiva hacen que AD corra el peligro de extraviarse en los caminos de siempre. Critica severamente los errores tanto técnicos como éticos de la Democracia Cristiana y podría aprovecharse de su nueva imagen para emprender una tarea nueva de reformismo capitalista sin la pesada hipoteca que los dos últimos años han puesto sobre las cuentas de los demócratacristianos. Cuenta con mejores profesionales para gobernar que los que puede ofrecer cualquier otro partido de los que se presentan a elecciones. Sin embargo, su silencio táctico sobre la represión y sobre la cuestión militar hace que se les vea a lo sumo como buscadores del poder político y económico, pero no del poder real, al menos en una primera fase. Como nuevo partido carece de organización suficiente para "mover"

masas de votantes y carece asimismo del aparato del Estado con sus filiales departamentales y municipales para sustituir su falta de organización partidaria. Su triunfo no sería mal visto ni por Estados Unidos, ni por la Fuerza Armada, ni por el capital, ni por los sectores medios no progresistas.

C. ARENA (Alianza Republicana Nacionalista) es un partido organizado por el Mayor D'Aubuisson y algunos representantes de la empresa privada, cuya trayectoria es suficientemente conocida. Su principio rector es la doctrina de la Seguridad Nacional, tal como es entendida en los países del Cono Sur. Tras este partido se encontrarían los sectores más derechistas y conservadores del capital salvadoreño, que han hecho bandera del nacionalismo y del anticomunismo para impedir los movimientos reformistas. Cuenta con el apoyo del sector de la Fuerza Armada más extremista, al que halaga permanentemente y del que disculpa públicamente todos sus excesos. Es el partido de la extrema derecha, con lo que esto significa en países como Guatemala y El Salvador. Su lema lo dice implícitamente: "hoy lucha, mañana paz, progreso y libertad". No es improbable que a su favor se inclinen los votos de ORDEN y de aquellas fuerzas de derecha que se manifestaban en contra del 15 de octubre y posteriormente del Embajador White. La actividad de este partido es creciente, a pesar de que pese sobre su máximo dirigente una orden de captura, como presunto culpable en promover golpes de Estado.

D. Otro militar retirado de conocida trayectoria, el General José Alberto Medrano, encabeza también un partido, el POP (Partido Orientación Popular). Su programa es menos belicista que el de ARENA y sus principios económico-sociales más moderados. Pero no deja de proponer una vuelta atrás en el camino de las reformas y considera que la Constitución Política "derogada el 15 de octubre de 1979 es una buena constitución, la cual, con algunas reformas, debe ser mantenida en lo sustancial por la futura Asamblea Constituyente". Su posible antiguo electorado de los tiempos del FUDI (1972) podría desviarse hacia ARENA o hacia el PCN.

E. El PCN sigue en la palestra política. Desplazado del poder el 15 de octubre después de veinte años de partido oficial, en los que se sirvió claramente del fraude electoral y de la total sumisión de la Fuerza Armada para no ser desplazado, quiere presentarse ahora con una nueva cara política. Desde principios del 80 salió de nuevo a

la lucha política ejerciendo tareas opositoras, principalmente por medio de análisis políticos críticos. Es bien posible que haya recuperado entre los militares y la clase política a algunos de sus antiguos miembros y simpatizantes y es también posible que no hayan perdido toda su capacidad organizativa, que fue en el pasado tan eficaz para conseguir decenas de miles de votos, aunque ahora carezcan del aparato del poder, que era el que antes manejaban inescrupulosamente para dar el triunfo electoral a su partido y la silla presidencial al militar que la Fuerza Armada había designado previamente. Las próximas elecciones mostrarán qué es lo que les queda. No parece que el capital quiera ya jugar por ellos, pues tiene en la actualidad nuevos aliados mejor definidos y menos gastados en su imagen.

Durante estos tres meses, de enero a marzo de 1982, estos partidos y las fuerzas sociales que están tras ellos, van a dejar más claros sus perfiles. Por eso puede decirse que esos tres meses van a ser importantes no sólo para conocer la composición de fuerzas de la derecha sino también para cambios en la correlación de las mismas. De momento aparece una cierta unidad entre AD, PCN, ARENA y POP contra la DC. Esto supone que ven al partido en el poder como el posible vencedor de la contienda electoral. Pero supone también que algunos de ellos podrían no presentarse a la misma (AD y PCN, aunque a éste apenas le quede otro espacio de juego que el de las elecciones) o que podrían establecer alianzas entre ellos, de modo que contaran con una mayoría de votos, que obligara a la DC a abandonar el poder. Claro que la injerencia manifiesta de Estados Unidos en el proceso electoral podría impedir que sucediese algo anormal, algo no previsto, y lograra transacciones satisfactorias para los principales contendientes. Mucho juego político queda por delante y lo triste es que este juego político no va a hacer sino postergar la urgente solución que necesita el conflicto del país. Con todo este juego van a quedar opacadas las acciones militares y las actividades represivas, que ninguno de los partidos políticos va a querer enfrentar, y van a quedar descuidadas en el interior del país las propuestas de negociación del FDR-FMLN, pues precisamente se han ofrecido elecciones para dificultar el proceso negociador o, al menos, para postergarlo. Y no hay que olvidar que todos los partidos se han declarado por el momento contra la negociación, porque esta declaración es, entre otras cosas, condición indis-

Hay que prestar una gran atención al proceso electoral. Durante los primeros tres meses de 1982 va a estar en el primer plano de la actualidad política. Hay que examinarlo con objetividad y sacar de él las consecuencias lógicas. Se puede decir de antemano que no son la solución justa del problema, cualesquiera sean sus resultados.

pensable para su participación electoral, cuando no para la supervivencia física de sus principales promotores.

Decíamos que la DC va a elecciones para justificar su pasado inmediato y para abrirse una nueva etapa de legitimación. ¿Por qué van a elecciones los otros partidos, sobre todo AD, que en un principio a través de la Federación de Abogados afirmó que no había posibilidades mínimas de unas elecciones libres? La respuesta es distinta, según el partido en cuestión. Pero todos ellos se encontraron con la voluntad decidida de Estados Unidos en favor de las elecciones, lo cual les obligaba a jugar esa carta. Una vez puestos en esa coyuntura —la otra a la mano hubiera sido un golpe de Estado, varias veces intentado— lo importante para la mayor parte de las fuerzas políticas de derecha es apartar del gobierno a la DC, creyendo que así se pudiera componer paulatinamente la situación económica y/o sacar el máximo provecho de las grandes ayudas norteamericanas, creyendo que así se podría detener el proceso de reformas y creyendo finalmente que se podría derrotar más seguramente al FMLN. Siguen temiendo los otros partidos que la DC pudiera acabar en tratos con el FDR y algunos de ellos piensan que los escrúpulos de la DC en el campo de los derechos humanos puede llegar a dificultar el ritmo y la profundidad de la represión.

Pero, aunque las elecciones fueran materialmente un relativo éxito, no se ve cómo su resultado puede llevar a corto plazo a la solución del conflicto. La otra parte del conflicto no las acepta. Por eso tras las elecciones estaremos en el mismo lugar que ahora, aunque tal vez con distintas armas en las manos.

4.2. La oferta de negociación del FDR-FMLN.

1981 trajo la gran novedad desde los primeros meses de una oferta de negociación por parte del FMLN. Aunque el tema de las negociaciones, sobre todo con Estados Unidos, ya se empezó a manejar a finales de 1980, sólo cobró forma después del inicio de la ofensiva general, cuando ésta no logró los resultados previstos. A lo largo de 1981 la propuesta de negociaciones ha cobrado una forma más precisa y ha alcanzado un apoyo internacional, difícil de ser imaginado diez meses atrás. Hoy hay síntomas seguros de dos hechos fundamentalmente nuevos: la voluntad del FMLN-FDR de entrar seriamente a unas negociaciones casi totalmente abiertas y la voluntad también decidida de países muy importantes, a cuya cabeza están México y Francia, de que se resuelva pronto el conflicto salvadoreño por la vía de la negociación. Puede afirmarse, entonces, que la oferta de negociación a principios de 1982 tiene unas características bastante diferentes a las de la oferta de los primeros meses de 1981. ¿En qué está la diferencia?

La diferencia fundamental en el plano internacional está en que el problema de El Salvador se ha convertido en un problema mundial, que afecta gravemente la coyuntura internacional, y en que un gran número de países demócratas poderosos ven como indispensable un proceso negociador. Esto no ocurría a principios de 1981, cuando no se tenía claridad sobre la fuerza del FDR-FMLN ni sobre sus propósitos políticos; cuando no se podía medir tampoco la incapacidad de la Junta y de Estados Unidos para traer la paz a El Salvador y a la zona centroamericana, a pesar del acrecentamiento de la guerra y a pesar

de una represión brutal. Puede decirse que este respaldo al proceso negociador no sólo no ha amainado sino que sigue robusteciéndose, a pesar de la oferta ya programada del proceso electoral. La última resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, con la novedad de países como Alemania e Italia, muestra hasta qué punto esto es verdad.

La diferencia fundamental en la propuesta misma tiene dos aspectos. El primero consiste en que se ha pasado de juzgar como meramente conveniente o ventajosa la propuesta de la negociación a verla como necesaria, con lo cual ha pasado de ser una maniobra seria a convertirse en una medida táctico-estratégica. El segundo aspecto consiste en que el contenido mismo de la propuesta negociadora ha cambiado notablemente para acomodarse a las condiciones objetivas del conflicto prospectivamente considerado y de la coyuntura internacional. Parecería percibirse por parte del FDR-FMLN que la prolongación indeterminada del conflicto sería fatal para el pueblo salvadoreño y también para las organizaciones político-militares. Desde este supuesto, y con el respaldo que supone su capacidad militar, más que demostrada en un año de resistencia y hostigamiento así como en seis meses de un severo sabotaje, y con el respaldo que supone el apoyo internacional, parecería que se puede conseguir razonablemente términos de negociación que supongan: 1) un término pronto al conflicto en lo que tiene de guerra, represión y sabotaje; 2) unos planteamientos objetivos suficientes para emprender la reconstrucción nacional y para que puedan dar paso a una solución, que se acomode a las necesidades objetivas y subjetivas de El Salvador; 3) respeto a las partes en conflicto, que no sean responsables de crímenes manifiestos; 4) posibilidad real de que el pueblo entero pueda participar activamente en todos los campos de la vida nacional.

Sin embargo, así como el FDR-FMLN se ofrece a terminar pronto el conflicto armado mediante la negociación, no se ve que Estados Unidos, la Junta militar democristiana, la Fuerza Armada, el capital y los partidos políticos la acepten fácilmente. En primer lugar, porque tienen su proyecto alternativo de continuar la lucha armada junto con la puesta en marcha del proceso electoral; no parecen tener prisa por terminar con la situación actual sino que prefieren alargar los términos, que suponen debilitarán al FMLN en lo militar y en el apoyo popular. Y, en segundo lugar, porque desconfían fuertemente

de los que le ofrecen la negociación: si la ofrecen en serio, porque no pueden pensar en otra razón para ese ofrecimiento que la debilidad de los proponentes, que habría que aprovechar al máximo, aunque teniendo cuidado de evitar una reacción desesperada; y, si no la ofrecen en serio sino como pura maniobra dilatoria, porque no quieren prestarse a una maniobra, que sería ventajosa para sus adversarios, a no ser que se encontrara la manera de manejarla en favor propio. Siempre queda el recurso ideológico de decir que con comunistas no se trata o que no caben arreglos a espaldas del pueblo.

Las probabilidades de que los que rechazan la negociación acaben aceptándola no son de momento muchas. Esperarán a ver qué juego da la solución alternativa propuesta por ellos. Hasta ahora la han rechazado de plano, aunque dejando algunos la puerta abierta a lo que pudiera ser un diálogo sobre las elecciones. Y la seguirán rechazando de momento aun cuando el contenido ofertado en la negociación fuera muy tentador, al menos como contrapartida a la prolongación de un conflicto, que empezara a sentirse irresoluble o demasiado costoso. Sólo un fracaso del proceso electoral o un recrudescimiento notable de la actividad bélica podría mejorar las perspectivas de la solución negociada. Hoy todavía no es esa la primera opción, a pesar de la presión moral y política de las Naciones Unidas, de la Iglesia y de otras instituciones en favor de ella. Son este conjunto de poderosas fuerzas sociales las que podrían abrir el campo a la propuesta negociadora.

¿Con qué interlocutores? La clave aquí es también Estados Unidos. Sólo si Estados Unidos ve como más conveniente para sus intereses el camino de la negociación, ésta tendrá posibilidades reales; pero la coyuntura no es buena para que lo vea, dado el alto grado de retórica que ha puesto en el peligro del expansionismo marxista en el área, el compromiso que ha reafirmado en favor del camino electoral y la situación polaca. Los segundos por convencer serían los militares salvadoreños y tampoco aquí es fácil la tarea; sólo si llegaran a ver en peligro creciente sus propias vidas y la institucionalidad de la Fuerza Armada, en la que está implicado el futuro de la mayor parte de los oficiales, podrían ver con mejores ojos el proceso negociador, sobre todo si llegan a convencerse de que ese proceso iba a reforzar la institucionalidad de la Fuerza Armada. Estos son los dos interlocutores principales de la negociación y su disponibilidad a aceptarla está lejos

de ser próxima, no antes de marzo de 1982 y probablemente tampoco pronto después, ya que la dinámica electoral lleva de por sí hasta 1983. Pero bastaría con que uno de los dos, Estados Unidos o los militares, se inclinara hacia la negociación para que ésta pudiera dar los primeros pasos.

Los demás posibles interlocutores: Alianza Productiva, partidos políticos, UPD, etc., poco pueden hacer directamente, aunque los sectores empresariales podrían influir indirectamente sobre el estamento militar. Algo pudiera cambiar esta situación después de las elecciones en caso de que éstas fracasaran, sea en el proceso mismo, sea en su capacidad de pacificar el país. Quizá, sin embargo, las elecciones dejen más en claro con quién se ha de negociar, además de con los militares y con Estados Unidos. Una negociación, después de las elecciones, ya no sería "a espaldas del pueblo". Podría pensarse que las elecciones indicaran quién en nombre de los electores de derecha es el que debe negociar con el FDR-FMLN, que actuaría en nombre de los no electores de la izquierda, de una parte importante del pueblo salvadoreño.

Las negociaciones, en consecuencia, tienen un gran potencial, sobre todo si fracasan las elecciones como último recurso político de Estados Unidos y la Fuerza Armada. Pero actualmente ese potencial de racionalidad, de apoyo internacional, de disposición por parte del FMLN-FDR a ceder en algunos puntos principales, no ha encontrado todavía el momento oportuno de imponerse. Esto significa que no es el momento más favorable para considerarla como un éxito o un fracaso. Propiamente la negociación no es una alternativa de las elecciones; es más bien una al-

ternativa a la guerra, alternativa que no son las elecciones, al menos de inmediato. Como ya hemos insinuado anteriormente, las negociaciones pueden terminar la guerra en tres meses, mientras que las elecciones no lo pueden hacer directamente ni en ese plazo ni en plazo alguno. Un éxito en las negociaciones termina con la guerra a corto plazo; un éxito en las elecciones no termina con la guerra, ni siquiera a mediano plazo, simplemente porque las elecciones no tienen que ver directamente con la guerra.

Quizá este sea el argumento principal para la oportunidad de una propuesta negociadora amplia y conciliadora, aun a sabiendas de que no va a ser aceptada por los actuales responsables del poder. Si el FDR-FMLN hace pública su propuesta y la mantiene, aunque su actividad militar en los próximos meses fuese en ascenso, y promete mantenerla, sea cual fuere el resultado de las elecciones, quizá su propuesta empiece a hacer camino. El pueblo salvadoreño, sus estamentos principales, los países democráticos deben saber cuál es la alternativa del FMLN-FDR. Quizá esto no retraiga al pueblo de elegir, precisamente porque las elecciones no son la alternativa real y excluyente de la negociación. Que el pueblo vaya a elecciones no significa que no desee negociación; significaría tan sólo que quiere probar cuantos medios se le ofrezcan para terminar con una situación insufrible. Por eso aunque la oferta de negociación no vaya a ser aceptada ya, esto no significa que haya perdido su virtualidad. Algunos la atribuirán tal vez a debilidad del proponente, pero otros la podrán ver como una muestra de realismo, además de como una gran oportunidad que no puede ser rechazada.

Las probabilidades de que los que rechazan la negociación acaben aceptándola no son de momento muchas.

¿Aceptarán la negociación de buen grado los combatientes del FMLN y el pueblo organizado, ahora que se sienten fuertes, ahora que se sienten impulsados por el sacrificio heroico de los treinta mil muertos? Este es un riesgo que corre la dirección del FMLN-FDR.

Este carácter de oportunidad debe ser subrayado. Es la coyuntura internacional la que en definitiva ha hecho que el FDR-FMLN insista de nuevo en la negociación con un instrumento base más amplio, como se desprende de las declaraciones de diversos dirigentes. Una oportunidad, no sólo para terminar pronto la guerra y comenzar pronto la reconstrucción, sino una oportunidad para lograr buenos resultados de la negociación misma por parte de Estados Unidos, la Fuerza Armada la empresa privada y los partidos políticos. Esa doble oportunidad puede perderse por mala interpretación de la coyuntura y del ofrecimiento. Y entonces lo que quedaría es un largo camino, un 1982 peor aún que 1981, que después de 1932 ha sido el peor año de la historia salvadoreña. Un largo camino que no llevará a ningún sitio aceptable para la mayoría de los salvadoreños.

¿Aceptarán la negociación de buen grado los combatientes del FMLN y el pueblo organizado, ahora que se sienten fuertes, ahora que se sienten impulsados por el sacrificio heroico de los treinta mil muertos? Este es un riesgo que corre la dirección del FMLN-FDR. Dada la distinta naturaleza y estilo de las organizaciones miembros, incluso entre las organizaciones político-militares, es difícil que se llegue a un consenso fácil, es incluso probable que se dificulten más los procesos unitarios. Pero esto mismo es garantía de la seriedad de la propuesta. No es una maniobra, pues no se hacen maniobras tan costosas, si no se espera de ellas firmes resultados. Las dificultades que puedan presentar las bases van a obligar a perfilar los contenidos de la nego-

ciación pero no son insuperables, dada la disciplina de las organizaciones. Lo que sí será preciso es que lo ofertado en la negociación no entre en contradicción real con aquello por lo que han luchado durante tantos años con tanto sacrificio. Toda la oferta supone un cambio táctico importante no fácil de asimilar por aquellos que quieren un cambio realmente revolucionario, aunque la lucha armada y el sufrimiento del pueblo tengan que alargarse todavía por varios años. Al fin de cuentas más largo iba a ser el sufrimiento de las grandes mayorías populares, si el proceso queda otra vez en manos de quienes durante años y, especialmente desde 1932, han sido los responsables máximos de sus desgracias.

5. A modo de conclusión.

No es el propósito de este análisis coyuntural hacer juicios explícitos y, menos aún, indicar los caminos de solución. Tiene que ser el mismo análisis quien se convierta en juicio provisional y en apunte de dirección para una salida racional justa. Lo que podría intentarse es una proyección de los acontecimientos, una vez conocidos los antecedentes y calculados sus impulsos. Pero ni siquiera esto vamos a hacer. Por eso la conclusión no será más que un resumen que resulte y profundice los puntos fundamentales.

Sea el primero la **gravedad y complejidad** de la coyuntura. Sin exageración puede decirse que El Salvador está en un momento crítico de su historia, uno de los más críticos. La gravedad es dramática: los treinta mil muertos, que si no se detiene el conflicto, se convertirían en decenas de

El análisis de estos años prueba dos cosas fundamentales: la primera, que los medios utilizados hasta ahora no son capaces de resolver el conflicto; la segunda, que la continuación en el uso de esos medios, no sólo no acercará la solución del conflicto sino que lo agravará hasta límites que prácticamente harán imposible por mucho tiempo el retorno a una vida civilizada.

miles más; el desplazamiento y/o emigración de más de un 10% de la población; la destrucción creciente y a fondo de la convivencia nacional; el deterioro rapidísimo de los recursos materiales; la pérdida de valores fundamentales... todo ello habla de esa gravedad y de su dramatismo. Y la complejidad es también grande. Están interviniendo e interfiriendo en el proceso actual tantos intereses internos y externos, juegan en él tantos agentes, tantas fuerzas sociales internas y tan enormes poderes internacionales; se ha complicado de tal modo la situación, que ninguna solución sería fácil ni de concebirla ni, menos, de llevarla a cabo.

Esta gravedad y complejidad se concretiza en algunos de los temas fundamentales que se han analizado en páginas anteriores, sobre todo, en cuatro: la guerra, las elecciones, las negociaciones y la presión internacional.

Tomemos, pues, como **punto segundo la guerra** y, en general, la violencia física sobre todo entre las personas, pero también contra las cosas. Lo que de irremediable y necesario tenía la guerra ya se ha dado. Pero ha ido demasiado lejos y si no se le detiene en su ímpetu creciente, sólo males podrán esperarse de ella. Estados Unidos, la Fuerza Armada, parte del capital y de la empresa privada, algunos de los partidos no quieren detenerla, antes buscan profundizarla hasta el aniquilamiento de la otra parte. Lo único que parecen aceptar por el momento es la rendición incondicional del sector armado de la oposición, rendición de todo punto improbable. Las elecciones, lo hemos visto, no son una sustitución de la guerra sino más bien una legitimación de la misma. Se someten las elecciones a la guerra y no la guerra a las elecciones; se somete lo político a lo militar y no lo militar a lo político. Siguen las grandes ofensivas militares que llevan consigo crueles masacres de la población civil y escasos éxitos inmediatos en relación directa con la guerrilla.

También el FMLN prosigue la guerra y la proseguirá hasta que encuentre una salida política en la mesa de negociación. La negociación pretende si una cuota razonable de poder, pero lleva consigo el fin de la guerra. Mientras no se dé, seguirá la guerra de guerrillas. Seguirá la resistencia viva contra el ataque enemigo, que en el año 1981 ha ocasionado más de dos mil bajas graves a la Fuerza Armada, de las cuales al menos 600 ó 700 son muertes. Seguirá el sabotaje al sistema productivo y comunicativo así como a las viviendas de quienes la guerrilla

considera sus enemigos. Pueden esperarse crecimientos significativos en su accionar ofensivo tanto en el campo como en la ciudad, y en caso de verse desesperados —cosa que de momento no ocurre— pueden darse acciones suicidas que traigan enormes daños.

Si, por tanto, la guerra se prolonga, aunque no sea más que durante 1982, a El Salvador le espera un año peor aún que el pasado: más muertes, mayor destrucción, mayor desolación.

Las elecciones, el proceso electoral —**punto tercero**—, no pueden resolver el problema de la guerra, al menos durante 1982, y ni siquiera suavizarlo. En esto caben pocas dudas racionales. En el mejor de los casos su efecto positivo no se dejaría sentir hasta 1983. Demasiado tarde. Se inicia el proceso con graves reparos, incluso de quienes pueden actuar públicamente en la política salvadoreña y que, por tanto, están con una de las partes en conflicto. Ya se habla de fraude y de parcialidad. Los reparos son todavía mucho mayores por parte de la opinión pública internacional y de los observadores imparciales. Son totales por parte de la verdadera oposición. Pero las elecciones se van a tener y, si no se tienen, se achacará su postergamiento al FDR-FMLN y no a la realidad de la situación nacional. Y, sin embargo, algún bien, aunque improbable, podría sacarse del intento del proceso electoral: si fracasa, sea porque no se llevaran a cabo, sea porque llevadas a cabo no trajeran la solución deseada, la lógica pediría que se abandonase esta solución política y se buscase otra; si no fracasara, el triunfador de esas elecciones, ya de salida parciales y no generales, debería intentar hablar, dialogar, negociar con la parte del pueblo salvadoreño no presentada a elecciones, al menos para que el FDR pudiera llevar una vida política normal en territorio salvadoreño. Pero también para que el FMLN encontrase salida pronta y justa a sus exigencias.

¿Podrán las **negociaciones** —**punto cuarto**— acabar con la guerra? Evidentemente sí. Si se llevan a cabo y tienen éxito, dos condiciones difíciles, pero no imposibles. Las negociaciones en sí mismas apenas tienen oportunidad alguna antes del resultado de las elecciones de marzo 1982. Pero una cosa son las negociaciones mismas y otra el proceso negociador. Este proceso ya ha echado a andar y en una nueva forma, con mayor firmeza y claridad por parte del FDR-FMLN. No sólo ha sido ofertado en nuevos términos sino que ha empezado a ser impulsado con renovado empeño y eficacia, impulsado y favore-

cido por muy importantes fuerzas políticas internacionales, especialmente por algunas naciones y aun grupos de naciones de primera importancia internacional. Y ese proceso ya iniciado puede aproximar el día en que las negociaciones sean posibles y sean útiles. Si, al contrario, el proceso fracasa y las negociaciones no se dan o se retrasan en exceso, lo que queda es destrucción y muerte multiplicadas y agravadas.

Queda, finalmente, la presión internacional, que hemos señalado como quinto punto fundamental. El conflicto salvadoreño no es "sólo" una cuestión salvadoreña. Afecta, en primer lugar, el área centroamericana; afecta, en segundo lugar, al equilibrio de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética; afecta, en tercer lugar, a la paz mundial en tanto representa el conflicto salvadoreño uno de los puntos calientes del mapa universal; afecta, finalmente, a todos aquellos países y fuerzas sociales que propugnan cambios revolucionarios. Para los salvadoreños el conflicto de El Salvador es primariamente una cuestión nacional que debe resolverse por el camino de la auto-determinación. Pero no es exclusivament

una cuestión nacional. De ahí que la auto-determinación esté condicionada, aunque no necesariamente determinada o sobre-determinada por factores externos. Y esto, guste o no guste, parezca bien o mal. Puede preverse que esta presión internacional cada vez impulse más la auto-determinación por la vía de la negociación.

En resumen final puede decirse que el proceso histórico salvadoreño entra en una fase excepcional. Excepcional porque en esta fase entran en juego nuevos elementos de gran importancia, y aun los que no son nuevos del todo cobran mayor relieve; excepcional también porque —como fase— no puede ser de larga duración, dados los elementos que entran en ella y la especial combinación de los mismos. Cuando concluya lo específico de esta fase habrá mucha mayor claridad sobre lo que es posible y lo que no lo es en estos momentos decisivos.

11 de enero de 1982.

